

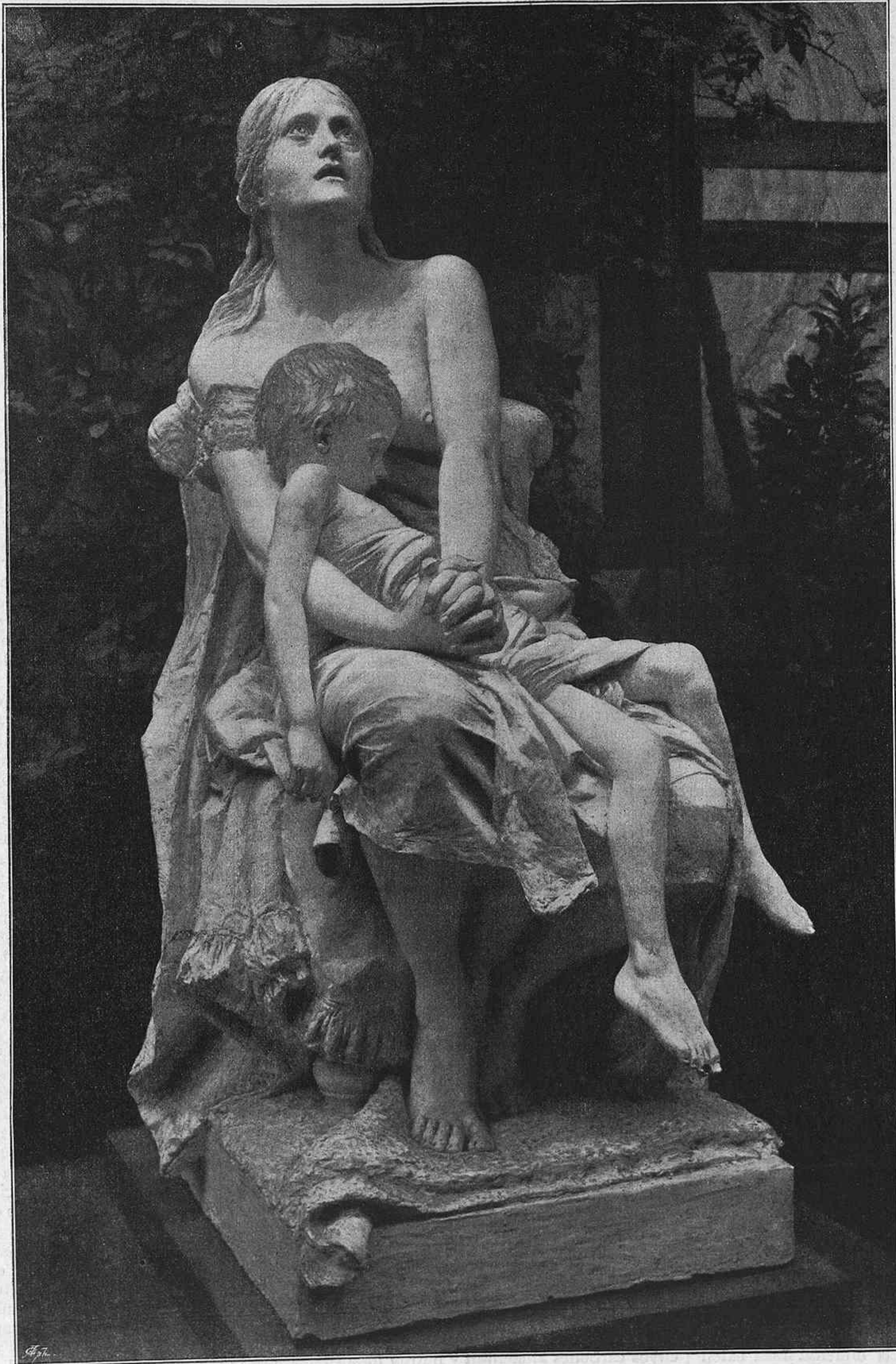
La Ilustración Artística



AÑO XVII

BARCELONA 21 DE NOVIEMBRE DE 1898

Núm. 882



LA ORACIÓN, grupo en mármol de Max Baumbach, existente en la Real Galería Nacional de Berlín

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos el cuarto tomo de la presente serie de la «Biblioteca Universal», que es el segundo de la interesante obra «Napoleón III.» de Imbert de Saint-Amand, que tan excelente acogida ha tenido por parte de nuestros suscriptores y que tantos elogios ha merecido de la prensa.

* *

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTON PRÍNCIPE DE BISMARCK

Dentro de pocos días pondremos á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se publicará simultáneamente con la edición original alemana.

SUMARIO

Texto.— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Jacinto Benavente*, por José Juan Cadenas. — *Señ que no se sacia*, por Alejandro Larrubiera. — *República Argentina: Edificios más importantes de la ciudad de La Plata*, por Justo Solsona. — *El hombre de la levita verde*, por F. Moreno Godino. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *El puerto franco de Stettin.* — *El azúcar en la alimentación de las tropas.* — *El ojeador*, grupo plástico de José Fux. — *Libros.*
Grabados. — *La Oración*, grupo en mármol de Max Baumbach. — *Jacinto Benavente.* — *República Argentina: Museo y principales edificios de la ciudad de La Plata.* — *¿Es usted pariente de un caballero llamado Enrique Laso de la Vega?*, dibujo de B. Gili Roig. — *Viaje del emperador de Alemania á Palestina: Recepción de los emperadores en Haifa.* — *¡Al fin solos!*, cuadro de F. Stahl. — *Buenos consejos*, cuadro de C. Schlecht. — *Cabeza de estudio, Un senador romano, Modistilla*, esculturas de Prudencio Murillo. — *Fuente monumental erigida en Stettin con motivo de la inauguración del puerto Franco*, obra de Luis de Manzel. — *Inauguración del puerto Franco de Stettin* (de fotografía). — *El ojeador*, grupo plástico de José Fux.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Innumerables problemas pavorosos que surgen de las presentes circunstancias intercontinentales. — Terror apocalíptico en todos los pueblos á la guerra universal. — Discurso de Salisbury en el Ayuntamiento de Londres. — Costumbre antigua que tienen los primeros ministros ingleses de pronunciar un discurso programa tras la procesión anacrónica del lord Corregidor londinense. — Contrastes reinantes en el espíritu y congruencias sucedidas en el espacio. — Los hombres representativos. — Semejanza de unos con los ángeles buenos y de otros con los ángeles malos. — Cavour y Gladstone representativos del progreso. — Bismarck representativo de la conquista. — Imitaciones simias así de Disraeli como de Salisbury del genio de la conquista. — La fuerza vale más que el derecho según los conquistadores. — Teorías materialistas y ateas. — Grande influencia de tales teorías en las ambiciones yankis é inglesas. — Conclusión.

Pocas veces el horizonte político se ha visto como ahora tan cargado de nubes, y nubes tempestuosas, por cuyos hondos y obscurísimos senos, semejantes á cordilleras de vapores, henchidas con intensa electricidad, culebrean, cual fantásticas serpientes de fuego, los relámpagos y las fulminaciones de una inmediata guerra. El precipitado regreso de Guillermo II á su capital, movido al reclamo de los tremendos problemas que surgieran en su breve ausencia; los desengaños del sultán, constreñido por la diplomacia europea unánime á evacuar Creta y consentir allí el gobierno de un príncipe griego; las manifestaciones, más ó menos reprimidas, en Tierra Santa, de plañideros armenios, requiriendo á la civilización para que les preste apoyo contra los rencores y venganzas de la barbarie ismaelita; las encrespadas agitaciones de Macedonia y Bulgaria, creídas de que van á echarse otra vez dados nuevos y nuevas suertes sobre sus respectivos territorios; el agudo malestar de Austria, disolviéndose por descomposición interior en diversas nacionalidades, muy difíciles de cristalizar, quienes jamás pueden ni á tribus llegar como les sucedió á las gentes varias de los antiguos tiempos; el término y conclusión del ferrocarril transiberiano, cuyos hierros ponen como una espina dorsal nueva hoy al planeta, pues acercan la titánica Rusia con temible proximidad al ingreso boreal en China é India; el intrincado litigio promovido á Francia por Inglaterra, empeñada en ahuyentar toda emulación y todo émulo en la inmensa línea extendida desde la Colonia del Cabo hasta la desembocadura del Nilo; el recelo apoderado de cuantos se interesan por la familia española en América, viendo

tantos tiburones, sobreexcitados por triunfos piráticos inverosímiles é increíbles, como amenazan y persiguen las naves de sus Estados, husmeando carne fresca y sangre caliente para su voraz y enorme nutrición; las palabras de Salisbury que declaran decedentes á los pueblos inermes, cuyos territorios codicia una insaciable ambición; las maniobras europeas poniendo al Imperio chino en trance de muerte; la inteligencia entre los sajones del mundo para dominar el Océano y repartirse la tierra; los procedimientos crueles del ensoberbecido yanki con España rota, inspiran un terror al siglo XIX expirante, amenazado por la guerra intercontinental, como el terror que inspiró á los pueblos cristianos en el siglo X expirante la milenaria creencia y certidumbre de hallarse inminente y próximo el Juicio final.

* *

No hubo en esta primera quincena de noviembre acontecimiento comparable al discurso de Salisbury pronunciado en el ayuntamiento de Londres, donde todos los años, tras la procesión anacrónica del lord Corregidor, parecida de suyo á las procesiones carnavalescas del Buey gordo, el primer ministro inglés, efectivo jefe de aquella monarquía republicana, donde la realeza queda reducida con grande acierto á simple ornato artístico y á mero símbolo histórico, dice, con la seguridad que presta un poder nacido de la voluntad nacional, cómo piensa dirigir aquella nave del Estado británico, la cual tiene como timón y cetro el tridente de Neptuno, por las aguas del Océano inmenso y proceloso, en que sus innumerables dominios se levantan, presentándole tributos de copiosos provechos y honores, pero también dificultades y obstáculos de sumo peligro para su continua navegación y su dilatado comercio. Yo he leído este discurso con todo el cuidado y atención debidos á los hechos y á las palabras de influjo incontrastable sobre la humanidad, y me ha oído á pólvora sin humo y á explosivos de dinamita, cuando Inglaterra, por los timbres forjados para ella por su industria y su libertad, está en el caso de prometernos palabras y actos, cooperadores al progreso evolutivo continuo y á la indispensable paz universal. Pero se dicen tales contrasentidos y se cometen tantas incongruencias por pueblos y gobiernos en este fin de siglo, que los espíritus serenos han menester mucha reflexión y aplomo para no desvariar creyendo que, ó ellos se han vuelto locos, ó han entrado las naciones todas en una casa de orates. Miente quien diga hogaño haber adivinado antaño la transformación del pueblo americano, tan pacífico y trabajador, en pueblo de guerra y de combate, retrocediendo desde los horizontes últimos del ideal, donde lo enaltecía la confianza de los libres, á la barbarie y al despotismo de los imperios asiáticos gobernados por Nabucodonosor y Sardanápalo; miente quien diga hogaño haber adivinado antaño que todo un César del sacro romano Imperio se trocaría en paje del sultán de Constantinopla durante las incidencias del conflicto entre Grecia y Turquía, llevando del roncal humildemente la yegua del sultán, cuyas crines, como las crines de aquella horrible yegua del Apocalipsis vista por San Juan desde Patmos, destilan rojos hilos de humana sangre; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que correría gran peligro la República francesa por haber en sus senos surgido una facción poderosa, empeñada en que los consejos de guerra son infalibles y exterminables los judíos de Francia, como si aún perduraran los odios medioevales; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que mientras el czar de Rusia, el mayor déspota hoy en la cristiandad existente, propondría el desarme á favor de la paz, el primer ministro de Inglaterra, libre, parlamentaria, trabajadora, mercantil, industrial, faro del progreso, áncora del derecho, sólo hablaría de armamentos y escuadras, con ánimo de matar los pueblos chicos y engordar los grandes en protervos despojos.

* *

Se niega mucho la teoría de los hombres representativos, y á cada paso en el espacio y á cada minuto en el tiempo se confirma y se robustece por un ejemplo irrefragable, vivo y real. Como en todo lo del mundo, se mezcla en las apariciones varias de los hombres representativos el bien al mal. Nosotros los hemos visto representando, como los ángeles buenos, el progreso; y los hemos visto representando, como los ángeles malos, el infierno de la reacción, cuyos carbonos alimentan y nutren toda tiranía. Por su índole y su naturaleza los hombres representativos de altos ideales, ya en buen sentido, ya en mal sentido, despiertan, al presentarse sobre los escena-

rios de la Historia, ese instinto de imitación al cual no pueden sustraerse los ánimos y los espíritus vulgares. Todo gran pensador funda una escuela, todo gran taumaturgo una religión, todo gran poeta un Parnaso, todo gran orador un estilo, todo gran estadista un Estado, por los cuales se rigen luego los filósofos, los dogmatizantes, los poetas, los oradores, los estadistas medianos, vulgares, de segundo y tercer orden. ¿Quién puede dudar que Gladstone ó Cavour fueron en sus respectivos ministerios sociales hombres representativos del ideal de progreso, que guarda, como los rayos del sol, matices varios y hermosos? Cavour hizo á Italia en el centro de nuestra Europa; Gladstone, allá por Oriente, hizo á Bulgaria rompiendo cadenas que abrumaban y extendiendo derechos que dignifican á toda la humanidad. Pues bien, si Gladstone y Cavour, ejemplos tangibles, representan la emancipación de los oprimidos, Bismarck, hombre representativo por excelencia, representa la desmembración y la conquista de los pueblos así como la servidumbre y el envilecimiento de los libres. No afirmaré yo que sostuviera Bismarck el bárbaro principio de la superioridad sobre el derecho de la fuerza; pero sí afirmaré que lo practicó toda la vida en bárbaras conquistas. Los territorios arrancados en el Este á Dinamarca y los territorios arrancados en el Oeste á Francia no me dejarán mentir. Pues bien, Bismarck, lo mismo que todos sus congéneres históricos, lo mismo que todos cuantos hombres representativos hubiera en el mundo, suscita el espíritu de imitación. Y como un imitador suyo apareció Disraeli al proclamar el imperialismo inglés; y como un imitador suyo aparece Salisbury al anunciarnos que este imperialismo, fundado por su romántico antecesor, piensa entrar á sangre y fuego por todas partes, fortaleciéndose de un modo inexpugnable y hasta los dientes armándose hoy en su trágico y horroroso furor.

* *

Así no debemos extrañarnos de que los estadistas caigan en esta imitación simia de los hombres representativos, cuando caen las democracias que más se ufanan de su libertad, de su ciencia, de su trabajo sobre la tierra. Quien ha visto en Tarmelanes de Persia trocados los herederos de Franklin, nada puede extrañar ya en este mundo. Así, cuanta mayor sabiduría sociológica poseáis, menos comprenderéis el cambio de los americanos en conquistadores. Las ciencias naturales describirán lo mismo al castor en Plinio que al castor en Darwin, como un animal pacífico, trabajador, industrial. Pero imaginaos que un día fuerais, con los estudios del naturalista metidos dentro del cacumen, á ver castores; y en vez de pacíficos los encontrarais carniceros, en vez de dados á construir sus albergues los encontrarais dados á exterminar sus vecinos, en vez de indefensos dotados de garras felinas como el tigre y de dientes machacadores como la hiena, ¿comprenderéis ese cambio? Pues menos comprensible aparece á mis ojos la traición que acaban los americanos de hacer á su propia naturaleza y á su propia historia. Mucha fuerza los hombres representativos mandan; y no mandan menos las teorías filosóficas. En el cielo de la metafísica no están los progresos tan sistematizados por una serie lógica y sin soluciones de continuidad como en las aplicaciones prácticas del progreso científico. La máquina de vapor y la máquina de electricidad se perfeccionan cada día más, ambas sujetas á un progreso nunca interrumpido. La máquina de pensar no está con seguridad tan bien montada como la caldera de locomoción, ó como la pila de Volta, siquier una y otra del cerebro hayan salido. Pero el cerebro, motor de todas las ideas y padre de todas las ciencias, se halla sujeto á grandes retrocesos y á muchos desvaríos. ¿No fué retroceso, y retroceso bien deplorable, allá en Grecia, el epicureísmo que vació el alto cielo de dioses y llenó el corazón humano de corrupciones? Pues retroceso, y retroceso terrible, ha resultado en lo moral y en lo político la teoría materialista y atea que hoy reina en las ciencias. Desconociendo arriba el motor inmóvil que todo lo impulsa y desconociendo abajo las finalidades universales que todo lo explican, se ha rebelado esta desconsoladora doctrina lo mismo contra la religión que contra la metafísica, y después de haber apagado la idea divina en el Universo y arrancado al cuerpo humano el espíritu, nos ha dicho que formamos un todo con los animales, de quienes descendemos, teniendo por capital destino pelear en batallas inacabables por la vida para dar la corona del triunfo y la dirección del orbe al más poderoso por su fuerza. ¿Os explicáis ahora el discurso de Salisbury?

Madrid, 14 de noviembre de 1898.

JACINTO BENAVENTE

La Farándula
La comida de las fieras
El marido de la Téllez
Gente conocida

JACINTO BENAVENTE

Hace ya algunos años los periódicos todos, en la sección correspondiente, dieron cuenta un día de la publicación de un tomito que su autor titulaba *Teatro fantástico*.

El libro no tuvo entonces otra suerte, como tampoco alcanzó mayor elogio el que publicó después con el epígrafe de *Cartas de mujeres*. Y sin embargo, aun siendo tan meritoria la labor que Benavente ha hecho después de la publicación de aquellos dos libros, tengo para mí que éstos han de ser, andando el tiempo, los que más poderosamente ayuden la popularidad del distinguido autor de *Gente conocida*.

Pero como quiera que nuestros públicos hacen antes el nombre de los literatos en el teatro que en la prensa y en el libro, Benavente no logró salir de la obscuridad hasta que sus obras teatrales le dieron á conocer. *El nido ajeno* y *Gente conocida* primero, y *El marido de la Téllez* y *La farándula* después, han colocado á Jacinto Benavente en un lugar envidiable entre nuestros autores.

Además es un trabajador incansable. Asombra su actividad, porque á pesar de vérselo en todas partes, estrena un par de obras por temporada, y aún le queda tiempo para colaborar asiduamente en *El Imparcial*, *Blanco y Negro*, *Madrid Cómico* y otra porción de periódicos y revistas.

No contento con esto, cumple el compromiso que contrae con una actriz ó un actor, y enjareta en media docena de horas un monólogo ó propósito, que son siempre verdaderas filigranas, modelos de bien decir y maravillas de ternura, intención y delicadeza.

Durante el pasado invierno ha estrenado *La Farándula*, en dos actos, y un arreglo del *Don Juan*, de Molière, en cinco; dos monólogos para la Tubau, y días pasados ha dado á la estampa un libro de artículos titulado *Figulinas*. ¡Si esto es descansar!..

**

Nuestro autor es hijo del famosísimo doctor Benavente, á quien el pueblo de Madrid, agradecido, ha elevado una estatua en el *parterre* del Retiro. Los que conocieron al célebre doctor y tratan hoy á Jacinto Benavente dicen que éste parece haber heredado de su padre el sagacísimo espíritu de observación que caracterizaba á aquél.

De cultura poco común y vasta ilustración, el autor del *Teatro fantástico* hace gala de sus raras cualidades en las obras que escribe, y en todas ellas se distingue como ningún otro por la intención de la frase y la sátira fina, nota que maneja como ningún literato contemporáneo.

Su obra *Gente conocida* rodó bastante tiempo por las contadurías de los teatros sin encontrar director que se atreviera á representar aquella sátira intencionada y mordaz de costumbres aristocráticas. El distinguido y popular poeta Jurado de la Parra, á quien Benavente dió á conocer su comedia, la tomó bajo su protección, y gracias á él Mario transigió por fin, y accedió á representarla después de hacer arreglos y cortes convenientes, y variar el título de la obra, que entonces se llamaba *Lo mejor de Madrid*.

La noche del estreno de *Gente conocida* en la Comedia, el público recibió con cierta prevención las primeras escenas. La verdad es que allí se decían cosas muy fuertes; pero, sin embargo, el encanto de aquella manera de decir, la soltura de los personajes en escena, la novedad del asunto y sobre todo el fiel retrato que en la comedia se hacía de tres ó cuatro personalidades conocidas de todos, decidieron la suerte de la obra, y Jacinto Benavente obtuvo un éxito ruidoso, más ruidoso y consistente por lo que de atrevido tenía el proyecto de poner al descubier-

to las malas costumbres de una parte de la sociedad actual, más corrompida aún de lo que se la supone, bajo el manto de dorada riqueza con que se cubre.

Cuando poco después estrenó Benavente en el teatro de Lara su boceto de comedia titulado *El marido de la Téllez*, las gentes, que sabían la tirantez de relaciones en que se encontraban la empresa de un clásico teatro y nuestro autor, creyeron encontrar en la obra una sátira fina y mordaz. Ciertamente en la obra había analogías con algunas actrices, por-



JACINTO BENAVENTE

que son muchas las que se encuentran en las condiciones que la *Téllez* que retrataba Benavente; pero yo creo que no tenía la obra toda la intención que algunos espíritus maliciosos pretendieron encontrar en ella.

Aquel boceto (verdadero *boceto* de comedia) es una pintura fiel de la vida de telón adentro, hecha concienzudamente por un observador fino y sagaz. Sin embargo, alguien achacó después á Benavente unos versos que figuraban como dedicatoria de un ejemplar y que dicen que *dechan*:

Dicen que María,
dicen que Fernando,
dicen que Guerrero,
dicen que Medrano...
Yo cobro trimestres
¡y vamos andando!

**

Después del estreno de *Gente conocida*, un *posma* de esos que abundan mucho en los corrillos de literatos, tan ignorante como preguntón, se acercó á Benavente, y cuando le hubo felicitado por el buen éxito de la comedia, le dijo:

—Y esto que hacen ustedes, ¿será fácil, verdad? Benavente le contestó muy fino y con la *suavidad* que le caracteriza:

—¡Oh, sí, señor!.. Esto que hacemos ó es muy fácil... ó es imposible.

Las frases de Benavente se comentan á diario en las tertulias literarias y en los saloncillos de los teatros. Algunas son verdaderamente punzantes, y todas dan qué pensar, pues está siempre preparado para la réplica y no pierde la serenidad ni la cortesía cuando discute.

A renglón seguido de uno de los últimos ruidosísimos fracasos del eminente Echegaray, Benavente explicaba por qué el insigne dramaturgo usa perilla.

«La perilla de Echegaray — decía — es la llama de su genio. Como se le ha agotado, en vez de lucirla en la frente, la lleva á la *funeral*.»

En otra ocasión en que se hablaba del teatro y de los actores con que hoy cuentan los literatos para representar sus obras, Benavente daba así su opinión:

— Está bien todo, porque hoy para algunos actores la *Vicaría* es el *Conservatorio*.

No es hombre Benavente que se quede con las palabras dentro del cuerpo. Por eso cierta tarde en que un literato, que ha tenido la desgracia de quedarse manco, hablaba de sus proyectos y de las proposiciones que periódicos y empresas le hacían para atraerle, como todo esto pusiera de manifiesto la inmodestia grande con que se refería á la propia personalidad, Benavente haciendo alusión á la falta del brazo le dijo:

— Fulano... ¡por Dios! ¡Que no fué en Lepanto!

**

He aquí ahora algunos trozos de cartas de mujeres de la segunda colección que Benavente publicará en breve:

«¿Que no eres tú mi primer amor? Figúrate muchos amores, formando en el corazón un mononcito. Hay muchos, ¿no es verdad? Pero ¿cuál es el primero? El que está debajo de todos ó el último que se colocó encimita. ¡Tontín de mi alma! ¿Lo ves cómo es el tuyo el primero?»

«Bien sé que las mujeres amamos por lo regular á quien lo merece menos. Es que las mujeres preferimos hacer limosnas á dar premios.»

«Te considero indigno, despreciable. No querría que fueras mi padre, ni hermano, ni hijo mío, no te estimaría como amigo..., ¡y te adoro! ¡Esto es un castigo!»

«Suprime los besos en tus cartas, que se puede perder alguna.»

«¿Que harás lo que yo haga? Siempre harás algún disparate.»

«¡Eso es lo que me quieres! Sabías que iban á subir las acciones y no me avisas.»

«No vengas á verme esta noche, que mañana voy á confesar.»

«A ti... no sé si te mataría; pero lo que es á ella...»

«Gracias por mis cartas. Ya sabía yo que eres un caballero. Puedes quedarte con el retrato de máscara. Así como así es en el que estoy más parecida.»

«El domingo pasado parecía la iglesia un hospital, y los que más tosíamos éramos los jóvenes. Así dice el confesor: «¡Qué juventud!»

«Tendremos una casita tan pequeña, que á poca felicidad que entre en ella, la llene toda...»

**

Cuando hace algún tiempo un célebre actor y una famosa actriz se separaron para formar compañía cada uno por su lado, Benavente preguntó á uno de los actores que permanecía dudoso, sin saber con cuál quedarse:

— Dígame, ¿y usted á quién sigue? ¿Al estandarte de *Fulano* ó al pendón de la *Mengana*?

JOSÉ JUAN CADENAS

SED QUE NO SE SACIA

Luis y Juana eran los seres más felices de la tierra. ¿Puede haber mayor felicidad que la de creer firmemente que el mundo todo es la casa propia y la sociedad única el cónyuge amado?..

Vivían felices, sin ambicionar nada, en una casita de roja techumbre, sobre la cual proyectaban su sombra los corpulentos árboles que había a la entrada del bosque.

Luis era el guarda de aquel dominio.

En los ratos que destinaba a recorrer el bosque, Juana dedicábase a las faenas domésticas, y a la hora del atardecer esperaba ansiosa la llegada de su marido.

Un fuerte abrazo y un sonoro beso premiaban aquel afán.

Luego, sentados en un banco de piedra, debajo de una añosa encina, charlaban mil nonadas que hacían enmudecer a los pájaros anidados en los árboles.

Callaban para escuchar el idilio.

En una de aquellas tardes apareció a la entrada del bosque un caballero vestido de negro.

Tenían sus ojos un brillo tan extraordinario que Luis y Juana se miraron azorados.

— ¿Eres el guarda?, preguntó secamente el desconocido.

— Para servirle, replicó Luis levantándose.

— ¿Y es esta tu mujer?, y el caballero señaló a Juana.

— Sí, señor.

El desconocido fué a sentarse en el mismo banco en que se encontraban los esposos.

— Tengo que hablarte a solas, dijo a Luis.

Juana se dirigió a la casa, y antes de trasponer el umbral miró con manifiesta zozobra al caballero vestido de negro.

— ¿Sabes quién soy?, preguntó éste.

— Lo ignoro, señor, replicó el guarda sin atreverse a mirar cara a cara a su interlocutor.

— No importa. ¿Eres feliz?

— ¡Mucho!

— Parece mentira. ¿Eres ambicioso?

Luis permaneció indeciso un momento, luego contestó resueltamente:

— ¡No!

— ¡Bah! ¿Te disgustaría ser rico?

— ¿Disgustarme? ¡Quiá! ¿A quién le amarga un dulce?

— Si poseieras una fortuna, objetó tentadoramente el caballero, podríais vivir tú y tu mujer con entera independencia, satisfaríaís cuantos deseos apetecierais y vuestra vida sería cien veces mejor que lo es ahora.

— ¡Oh, eso sí! Pero no entiendo sus palabras ni el porqué de su visita... Además, ignoro quién sea...

— El diablo, atajó el caballero sonriéndose.

— ¡El diablo! ¡Ave María Purísima!, murmuró estupefacto el guarda, en tanto se persignaba atropelladamente.

— No te asustes: ya ves que soy un diablo simpático que ni huelo a azufre, ni echo llamas por los ojos, ni traigo cuernos, ni vengo vestido con roja caperuza. Tranquilízate, hombre, y vamos a lo que importa... ¿Hasta dónde llegaría tu afán de ser rico?

— ¿Hasta dónde?... ¡Si yo pudiera comprar esta casa en que vivo!.., replicó Luis más tranquilo, atreviéndose a mirar a su interlocutor.

— ¿La casa? ¡Bah! ¿Y cuánto crees tú que valdrá?..

— ¡Oh, mucho dinero, muchísimo!.. ¡Mil duros, lo menos!

— ¡Psh! ¡Una bicoca!

— No se burle usted de mí, señor. Ya sé que todo esto es pura broma.

— ¡Incrédulo!

El caballero registró uno de los bolsillos de su vestido y sacó de su interior un fajo de papeles azules que entregó al guarda diciéndole:

— ¡Toma!

— Pero ¿qué es esto, señor?, preguntó Luis lleno de asombro.

— Mil duros en billetes de Banco para que satisfagas tu deseo de poseer la casa en que vives.

— ¿Cuánto vale?

— Vale... ¡un tesoro!.. Cien veces esta casa que le debo a usted.

— No me debes nada... ¡Toma!

Y entregó al guarda un abultado fajo de billetes.

— Son cien mil duros.

— ¿Cómo pagar a usted?..

— Ahórrate palabras: dentro de dos años nos volveremos a ver en este sitio.

Como la vez primera, desapareció el caballero en las negruras del bosque, y Luis, loco de alegría, corrió hacia su casa gritando:

— ¡Juana, Juana! ¡Ya somos dueños del bosque! ¡Ya hemos realizado todas nuestras ambiciones en esta vida!..

Otra vez y otras muchas volvieron a encontrarse Luis y el caballero vestido de negro.

A cada nueva entrevista el marido de Juana pedía una gracia: quiso tener un palacio, después un pueblo, más tarde anheló ser diputado, ministro, presidente de la república, y su complaciente protector alcanzaba para su protegido lo que la desmedida ambición de éste le sugería; cada vez más tiránica y más abrasadora: sed inextinguible de riquezas y de honores.

Al año escaso de ostentar Luis las insignias del más elevado cargo de la nación, presentóse el caballero y le dijo:

— Creo que tu ambición haya hecho alto, porque desde miserable guardabosque te he hecho el hombre más rico y poderoso de tu patria.

Luis quedóse mirando a su protector; y tras una pausa corta, dijo con voz de ansia mal reprimida:

— Esto no es bastante. Aún ambiciono algo más,

— ¿Más?..

— ¡Sí, más, mucho más!

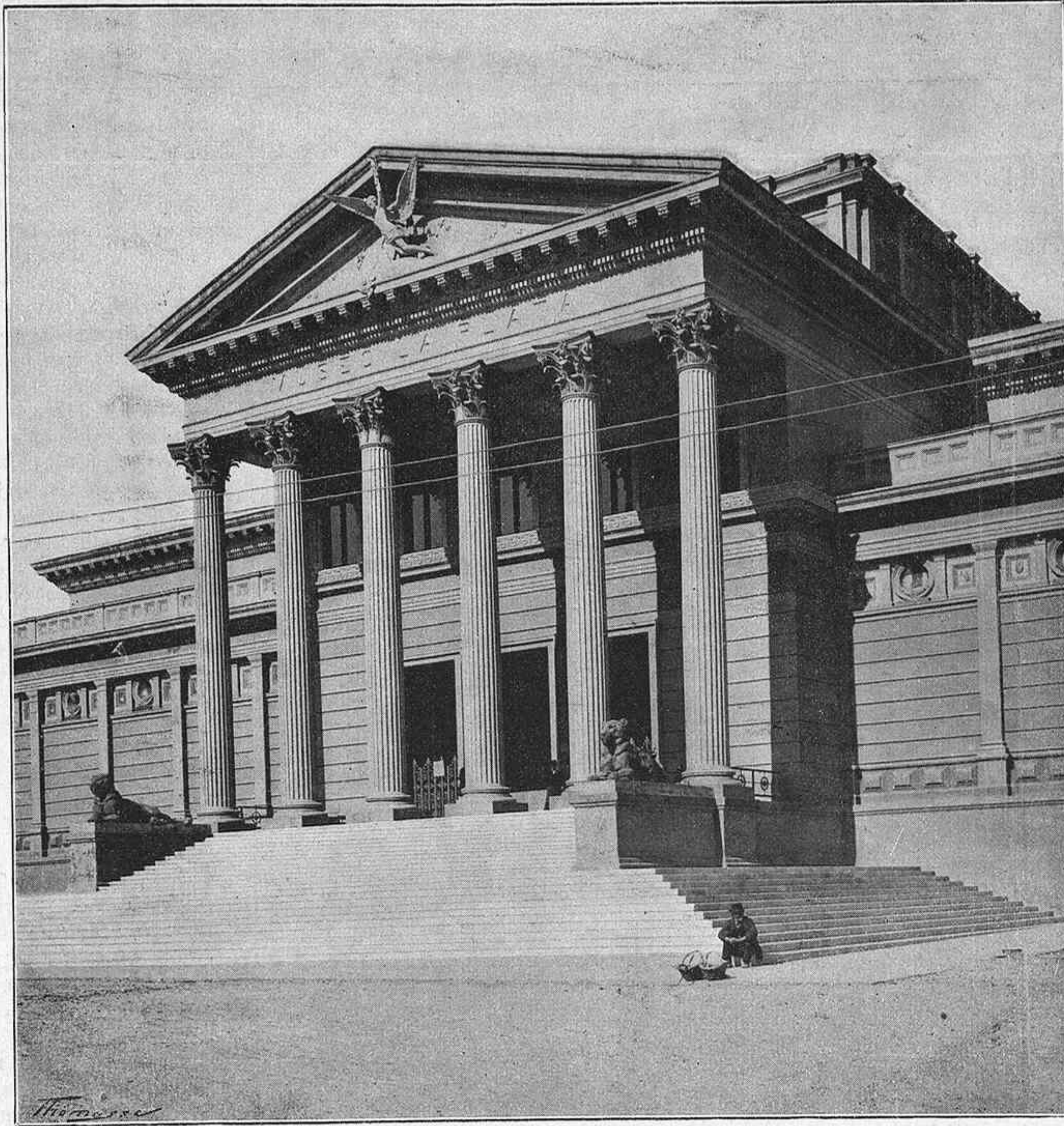
— Pero hombre, ¿qué quieres?

— ¡Quiero ser Dios!, dijo Luis.

Al oír esto, el caballero lanzó una carcajada homérica y dijo sentenciosamente con entonación sarcástica que heló la sangre de su interlocutor:

— Pero hombre, ¿crees tú que si eso fuera posible estaría el diablo en la tierra sirviendo ambiciones ajenas?..

ALEJANDRO LARRUBIERA



REPÚBLICA ARGENTINA. - EDIFICIO DEL MUSEO DE LA CIUDAD DE LA PLATA
(de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)

Y levantándose rápidamente, prosiguió el caballero, sin dar tiempo a que Luis recobrase su serenidad:

— Dentro de tres años, en el mismo día que hoy, espérame en este sitio.

Y dirigiéndose hacia la entrada del bosque, desapareció en su laberíntica arboleda.

Ninguno de los dos faltó a la cita.

El caballero no había experimentado ningún cambio en su persona.

Luis se encontraba más delgado y pálido que tres años hacía...

Al ver a su protector, tendió hacia él la mano.

— ¡Por fin!, suspiró con ansia.

— Has sido puntual y lo celebro, advirtió el caballero. ¿Continúas tan feliz como antes?

— Mucho más, gracias a su extraordinaria protección.

— ¿Están colmadas tus ambiciones?

Luis no contestó.

— En tu silencio noto que deseas algo más. Píde lo que quieras.

— ¡Oh, es mucho! ¡Un imposible!, suspiró el guarda.

— ¡Para mí todo es poco!, objetó cariñosamente su interlocutor.

— Es una locura... Al poco tiempo de usted marcharse compré la casa, y después de ser su dueño ambicioné más: quería que me perteneciese el monte que guardo. ¡Esta idea me ha desvelado muchas noches!.. ¡Ser dueño del bosque!..

— Lo serás, afirmó el caballero.

— ¿De veras?

La avaricia más grande chispeó en los ojos de Luis.

REPÚBLICA ARGENTINA
EDIFICIOS MÁS IMPORTANTES DE LA CIUDAD DE LA PLATA

Cuando en 1882 se fundó la ciudad La Plata para capital de la provincia por haber pasado a capital federal la ciudad de Buenos Aires, seguramente no se pensó en que se levantaba demasiao cerca de una ciudad sumamente populosa y rica, residencia del gobierno nacional a menos de cincuenta kilómetros, unidas por varias líneas, cuyos trenes recorren el trayecto en algo más de una hora y que por tales causas podría ser absorbida su esencia vital y quedar raquítica.

Algo de eso ha pasado, paralizándose bien pronto el desarrollo colosal que tuvo en los primeros años; y ateniéndonos a la proporción de sus calles de 30 metros de anchura, la grandeza y hermosura de sus edificios públicos, veremos que no son propios de una ciudad que hoy cuenta unos cincuenta mil habitantes, sino para una gran capital de dos millones.

Hay verdadero derroche monumental en todos los hermosos edificios, y así la *Municipalidad* como el *Museo*, pasando por el *Palacio de Justicia*, *Ministerio de Hacienda*, *Bancos Provincial e Hipotecario* y *Dirección de Escuelas*, son el asombro de propios y extraños que visitan por primera vez la ciudad de La Plata. Cada edificio ocupa una manzana de 120 metros de lado, y todos están rodeados de jardín y cuestan miles y miles de pesos. Quizá estribe en esto la crisis financiera que aqueja a la nueva ciudad; cifrándose grandes esperanzas en la rectitud y gran talento del celebrado estadista D. Bernardo de Irigoyen, gobernador actual de la provincia, para hacerla progresar.

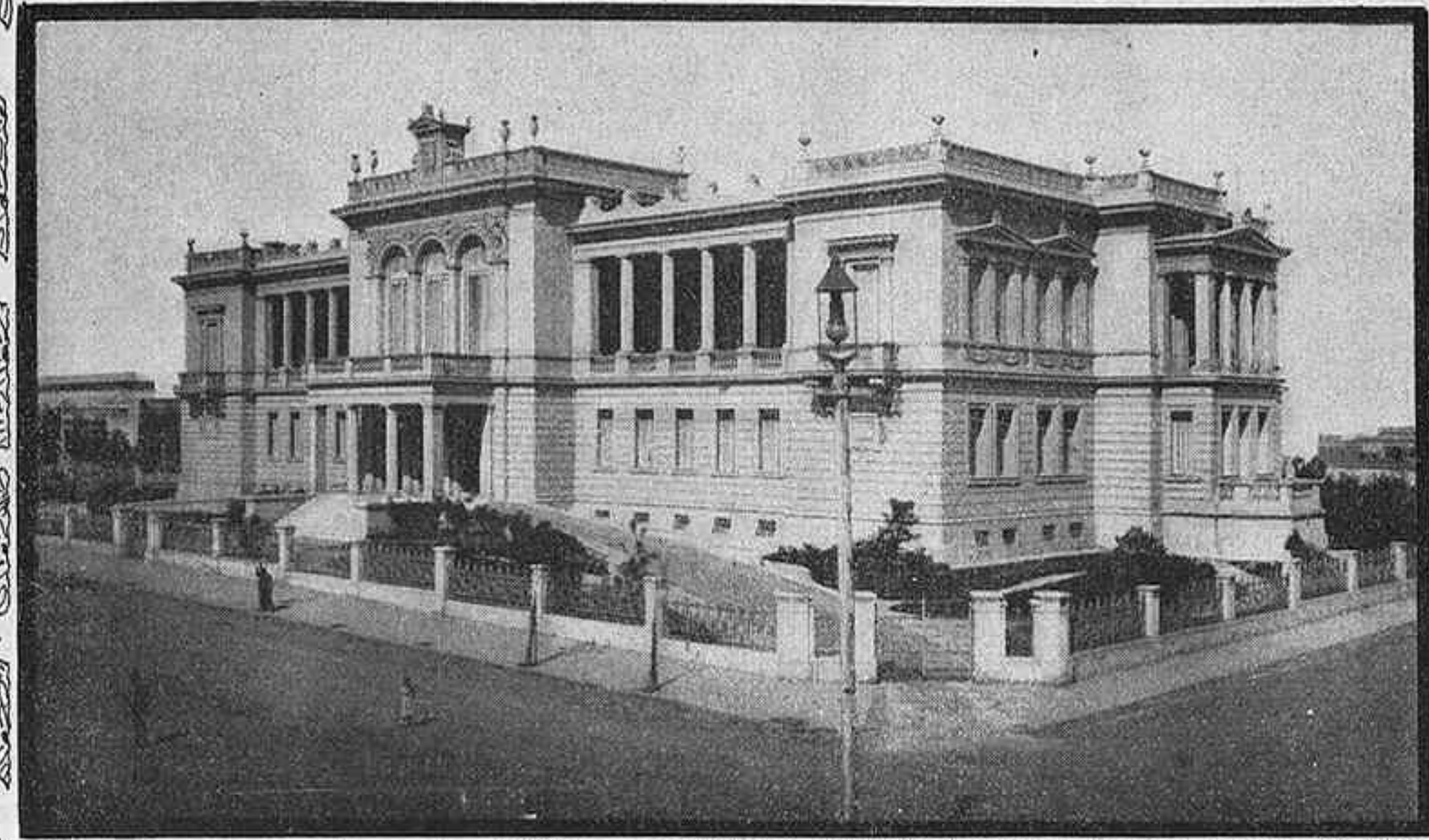
Las fotografías que en esta página y en la siguiente publicamos son debidas a la galantería de «La Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados», siendo los negativos tomados por el doctor D. Francisco Ayerza. — JUSTO SOLSONA.



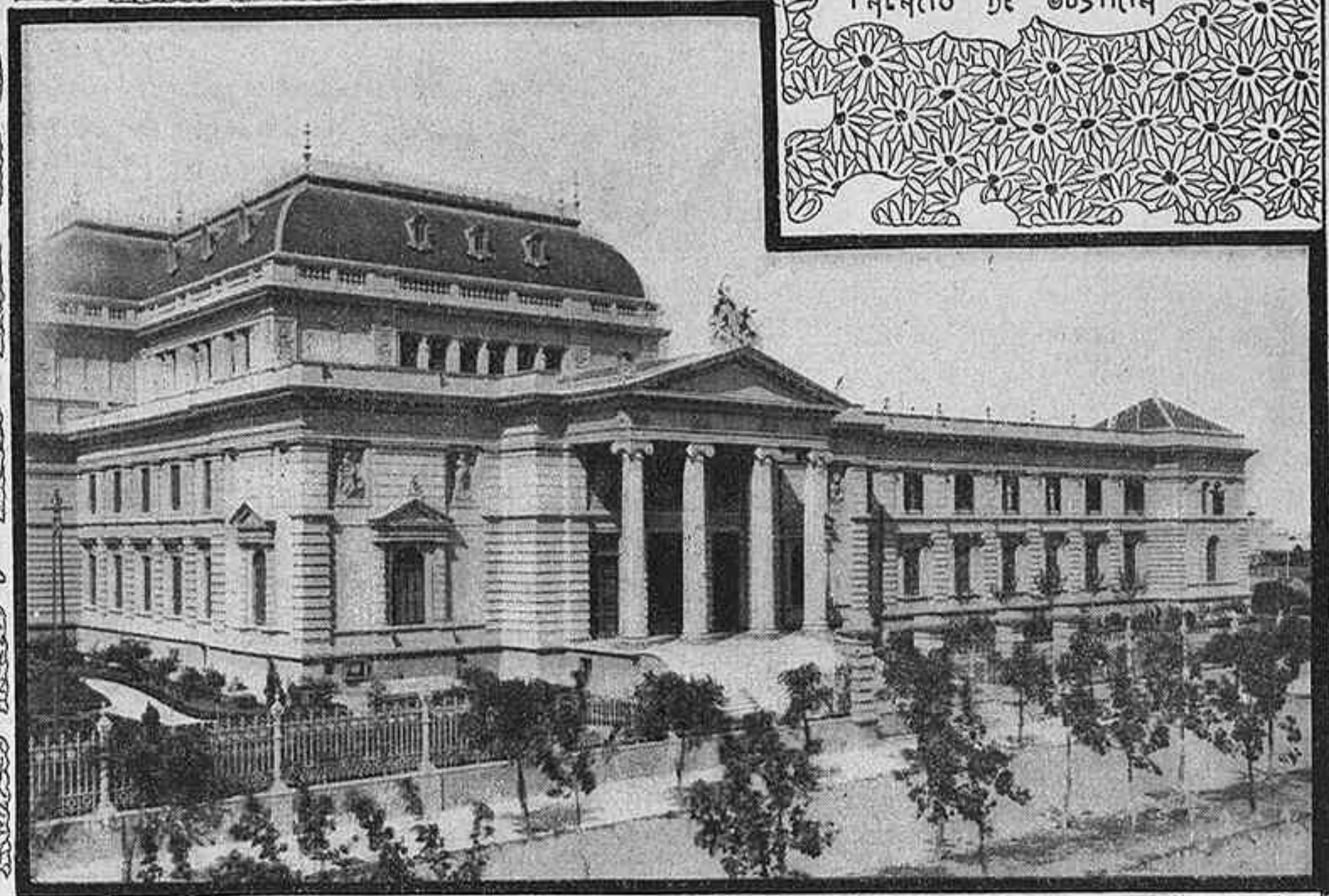
Banco Hipotecario



Palacio de Justicia



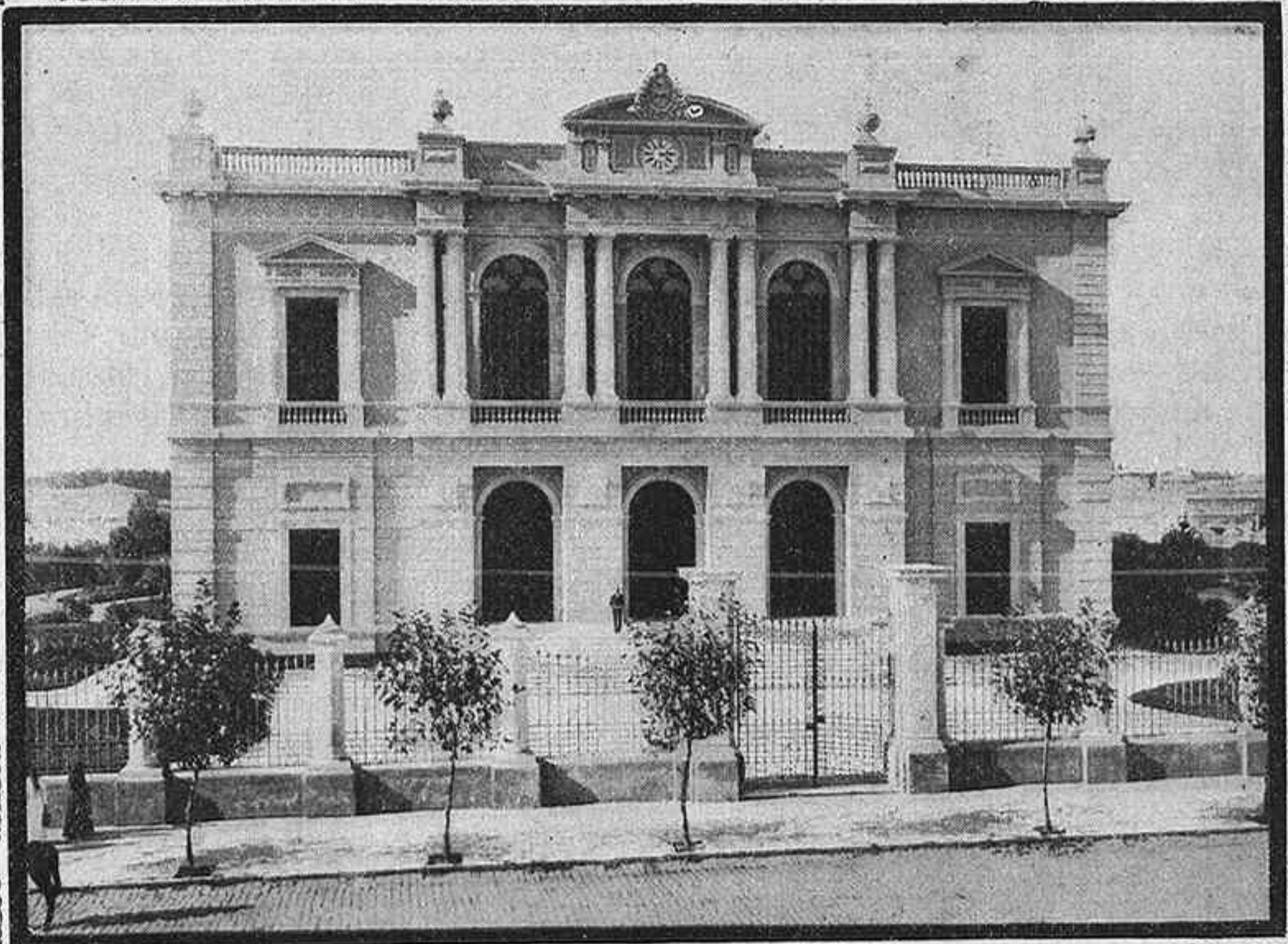
DIRECCION DE ESCUELAS



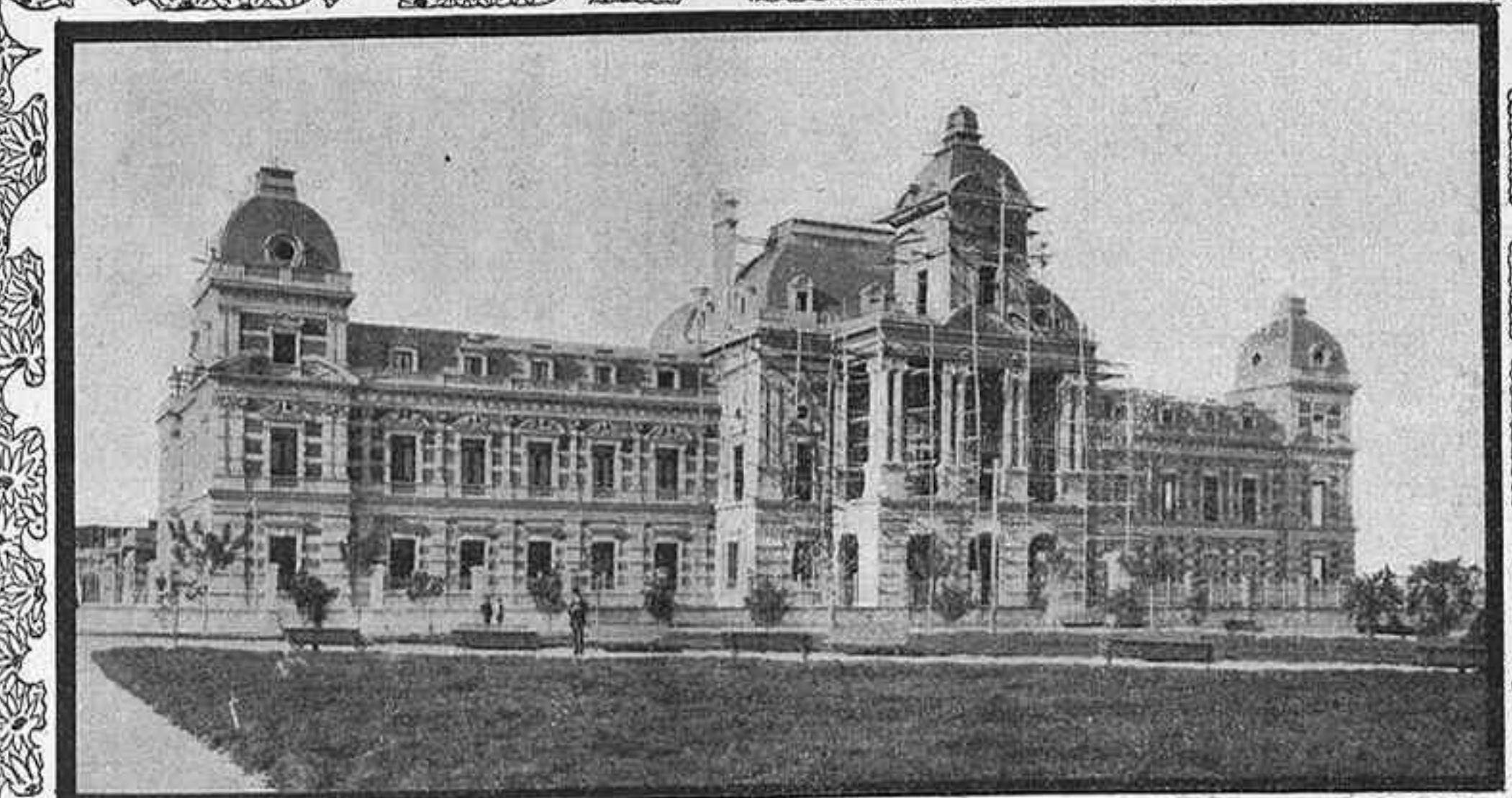
Palacio de la Legislatura



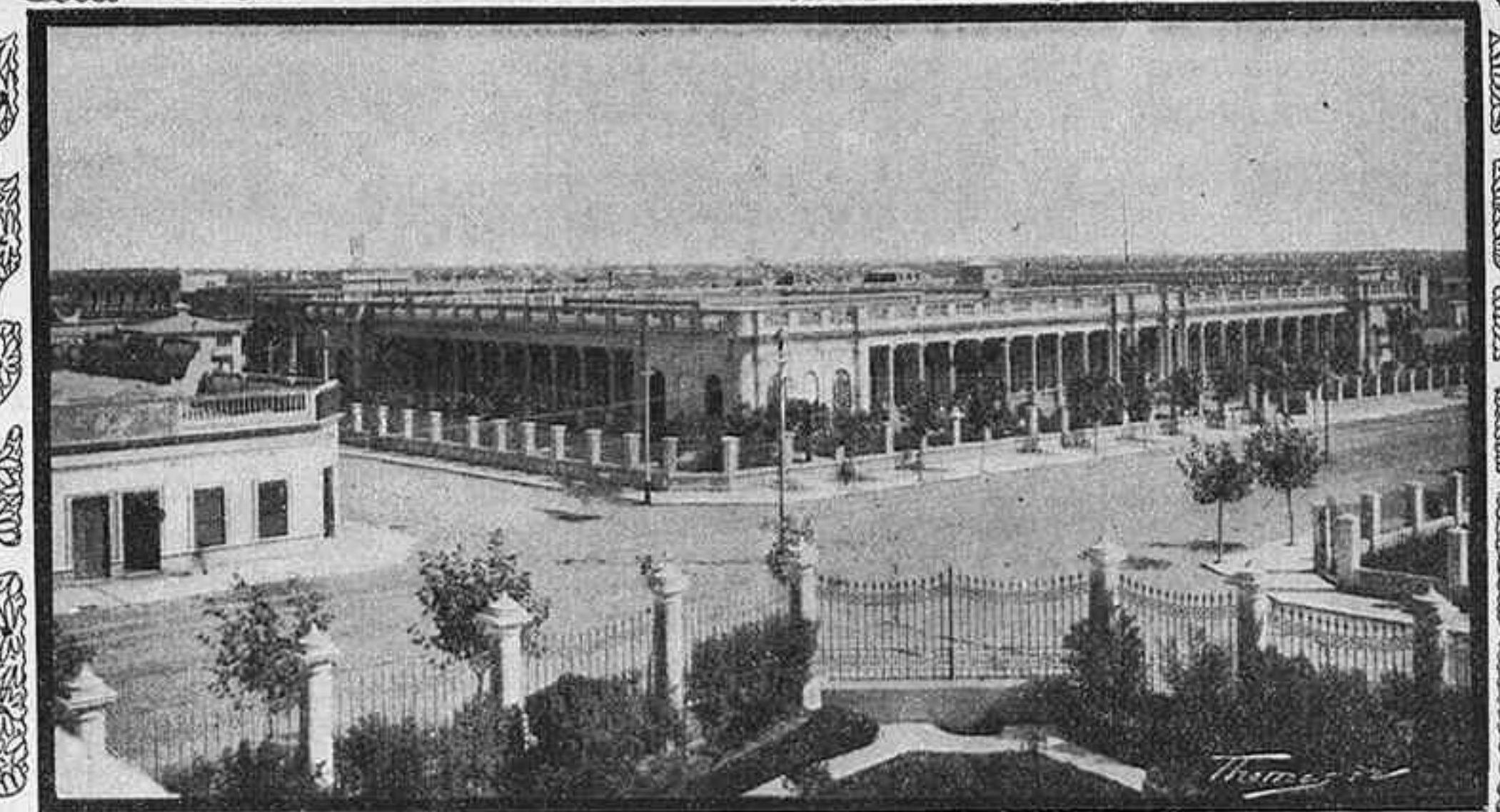
MUNICIPALIDAD



Banco de la Provincia



CASA DE GOBIERNO



MINISTERIO DE HACIENDA

REPÚBLICA ARGENTINA. - PRINCIPALES EDIFICIOS DE LA CIUDAD DE LA PLATA
(de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitidas por D. Justo Solsona)

EL HOMBRE DE LA LEVITA VERDE

(Véase el grabado de la página siguiente)

José Luis había heredado de su padre José Antonio la mejor tienda de quincalla y ferretería que había en Sevilla. Situada en la calle de Génova, no sólo surtía á aquel extenso barrio y á la ciudad entera, sino que también á la mayor parte de los pueblos de la provincia. Y no contaba sólo con el almacén, puesto que además poseía dos casas: una en la calle de Flandes y otra en la de Trajano. José Luis estaba, pues, bien *fardado*, como decían en el comercio. Pudo y debió casarse con alguna de las lindas muchachas de su clase que tanto abundan en la ciudad del Betis; pero era un tanto vanidoso, y lo hizo con una joven cordobesa, entroncada con las mejores familias de Andalucía, como que se apellidaba Fernández de León; pero pobre y huérfana de padre y madre. Camila, que éste era su nombre, tenía un buen palmito, carácter frío y un tanto altanero, lo cual José Luis achacaba á su ilustre origen, y cuidaba mucho de su persona, vistiéndose y calzándose esmeradamente desde por la mañana. Al joven comerciante agradábanle estas filigranas de su esposa, de la que estaba tiernamente enamorado, y desde su enlace escarabajéabale el deseo de dejar el comercio é ingerirse en otra esfera social. Un resto de buen sentido le contuvo, á pesar de que veía que Camila guardaba sus elegancias para la casa y la trastienda y apenas se trataba con nadie. «Es una flor trasplantada», pensaba José Luis, y procuraba satisfacer todos los gustos de su esposa, que no era exigente. Además del deseo, no satisfecho, de elevarse á otra esfera, entristecía á aquél el disgusto de no haber tenido hijos en dos años de matrimonio que llevaba. Era sumamente celoso y arrebatado de genio; pero como Camila no se deslizaba en lo más mínimo, ni aun en las inocentes coqueterías que se permiten muchas mujeres honradas, dormían en él sus violentas pasiones.

En este estado las cosas, una mañana vió José Luis entrarse por la puerta de su almacén una persona cuya fisonomía no le era desconocida; un joven como de treinta años de edad, guapo, rubio, distinguido, pero con el traje un tanto deteriorado, y con este motivo entablóse el siguiente diálogo:

— ¿Por lo visto José Luis Salcedo no se acuerda de mí?

— En efecto, no recuerdo...

— Y sin embargo, José Luis Salcedo y Enrique Laso de la Vega han hecho muchas diabluras juntos en el colegio francés.

Entonces el comerciante cayó en la cuenta, reconoció á su amigo de colegio, que con los años y vicisitudes estaba muy transformado: supo que volvía pobre de la América del Sur, y como era generoso se ofreció á él. «Cuenta conmigo, le dijo, hasta que encuentres un modo de vivir. No puedo traerte á mi casa, pero siempre tendrás un sitio en mi mesa y un duro de mi bolsillo para cualquier apuro.»

Y con efecto, Enrique, desde aquel día, iba á almorzar ó á comer á casa de José Luis con bastante frecuencia.

O este vió algo extraordinario en la amabilidad con que Camila trataba al averiado indiano, ó como extremadamente celoso que era, antojáronse los dedos huéspedes. Lo cierto es que comenzó á creer que había cometido una imprudencia al introducir en su intimidad á un joven guapo, de buen trato y que debía tener para su esposa el atractivo del origen de familia distinguida, como éralo en efecto la de Enrique. El joven comerciante disimuló sus recelos por temor al ridículo que suele costar tan caro á algunos maridos. Sin embargo, se propuso estar alerta, apeló al eterno recurso de fingir viajes; pero nada halló de positivo que confirmase sus sospechas. Camila seguía haciendo su vida de siempre: iba todos los días á misa á la próxima catedral, y algunas veces á visitar á una paisana suya, que vivía en las inmediaciones del alcázar. Una tarde fué José Luis al muelle á recibir un cargamento de quincalla que le remitían de Burdeos, y cuando regresaba á su casa vió desde lejos dos bultos sentados en uno de los bancos que hay en la plazuela del Paseo de las Delicias. Sin saber porqué sospechó de aquella pareja, que pertenecía á distinto sexo; acercóse, y se encontró con Camila y Enrique, que departían bastante juntos en el asiento. Parecióle á José Luis que aquél hallábase turbado; pero Camila explicó tranquilamente el motivo de hallarse allí. Había ido en compañía de la doncella á casa de su amiga la cordobesa; al regresar habíase encontrado junto á San Telmo á Enrique, que le dijo que se habían escapado dos toros del encierro para la corrida del siguiente día (cosa frecuente en Sevilla), que traían sobresaltado

al barrio; que habían mandado á la doncella por un coche, y que entretanto ellos habíanse refugiado en aquel sitio en donde estaban *fuera de cacho*.

Estando en estas explicaciones, llegó en efecto la doncella en un carruaje, y los tres dentro y aquella en el pescante al lado del cochero, regresaron todos á casa.

Desde este incidente, fuese por recelo ó por presentimiento, aumentáronse las sospechas de José Luis; hasta que no pudiendo sufrir por más tiempo su desasosiego, decidióse á hablar á Enrique.

— Mira, le dijo, varias veces me has demostrado tu deseo de volver á América, en vista de que aquí no encuentras ocupación. ¿Sigues en los mismos propósitos?

— Seguramente.

— Pues bien: yo te costeo el viaje y te daré lo suficiente para que esperes sin privaciones á proporcionarte colocación.

— Te doy gracias, y en un caso aprovecharé tu generosa oferta. Ahora aguardo contestación de Madrid, en donde un primo mío gestiona para mí un destino. Si en lo que falta de mes no hay solución favorable, resolveremos.

José Luis esperó con impaciencia y redoblando su vigilancia el término del plazo fijado por Enrique. Transcurrió el mes, y á principios del siguiente volvió á preguntar á éste respecto á sus gestiones en la corte.

— Con el cambio de ministerio he perdido toda esperanza, dijo Enrique; y por tanto me decido á volver á probar fortuna en Cuba, si puedo contar contigo.

— Desde luego, contestó el comerciante, que sintióse como libre de un gran peso, y desde mañana nos ocuparemos de los preparativos de tu viaje.

Seis días después Enrique se embarcó en Cádiz para la Habana. José Luis le acompañó hasta dejarle embarcado en la lancha que debía conducirlo al buque, y cuando le perdió de vista entre las embarcaciones del puerto, exclamó respirando con satisfacción.

— ¡La del humo!

Poco tiempo después creyó notar José Luis que Camila estaba triste y desmejorada: palidecía, tenía grandes ojeras y andaba torpemente. Aquél, con su eterna manía celosa, achacólo á pena por la ausencia de Enrique; pero el médico de la casa explicóle en parte el motivo: Camila estaba en estado interesante.

Esto fué un golpe imprevisto para el receloso comerciante, que no sabía si alegrarse ó entristecerse. Ciertamente que deseaba tener sucesión y habíala esperado con impaciencia durante dos años; pero también era casualidad haber conseguido su anhelo después que tuvo motivos, fundados según él, de desconfiar de su cónyuge. Camila dió á luz un niño, y como las criaturas tardan algún tiempo en diseñarse, digámoslo así, José Luis esperó á ver á quién se parecía, si se parecía á alguien. Por de pronto sintió una escama: él tenía el pelo negro, Camila castaño, y el niño salió con el cabello tan rubio como el de Enrique, el viajero ultramarino. Este recelo era causa de que viviese en perpetua perplejidad: á veces sentía movimientos de ternura paternal y á veces arrebatos de repulsión contra la inocente criatura. Preguntaba con frecuencia á sus conocimientos á quién se parecía el niño, y como éstos sólo vagamente podían contestarle, pues aquél no tenía saliente de parecido con nadie, José Luis seguía siendo presa de sus recelos.

Transcurrieron así algunos años. El niño Luisito ingresó á su debido tiempo en el colegio francés en donde habíase educado su padre, y se distinguió por su precoz capacidad y por su amor al estudio. Después siguió en Madrid la carrera de leyes con lucido aprovechamiento; de suerte que José Luis, en sus épocas de expansión paternal, veía en su hijo un futuro diputado y hasta ministro. El joven estudiante pasaba en Sevilla su tiempo de vacaciones, y su talento y distinción proporcionáronle con facilidad el relacionarse con la mejor sociedad de la capital andaluza. «¡Si fuera mi hijo!» exclamaba frecuentemente el comerciante de quincalla, orgulloso del efecto que Luisito producía en cuantos le trataban; pero aquel color de pelo que no se había modificado con la edad, y que recordaba á Enrique, volvía á sumirle en su zozobra. Entretanto Camila seguía siendo tan seria y tan formal como siempre, y cada vez más retraída del trato social; su marido, que seguía vigilándola aunque no con tanta insistencia, jamás la encontró en la más mínima situación dudosa, y con esto fueron apaciguándose poco á poco los recelos de José Luis, que iba recobrando la tranquilidad. Estaba muy rico, y pareciéndole que un joven tan

distinguido como Luis no merecía un padre comerciante, pensaba en traspasar su almacén no bien hallara ocasión ventajosa.

Presentósele ésta y la aprovechó. No bien hubo cerrado el trato, tuvo una cariñosísima conferencia con Camila, á quien quería cada vez más á medida que se iba desvaneciendo su celosa escama.

— ¿Sigues con deseos de ver Madrid?, le preguntó.

— Siempre los he tenido: ¡Luisito pondera tanto la alegría de aquella población!

— ¿Y tendrías inconveniente en que nos estableciéramos en ella?

— Ninguno: tan forastera seré allí como aquí.

— Pues bueno: he liquidado el almacén y el depósito del muelle. Oye mi plan á ver si es de tu agrado. Estamos en abril; por mayo tomará posesión el comprador. Pasada aquí la feria, iremos á Madrid, lo cual será después de haberse examinado Luisito. Estaremos en Madrid los meses de mayo y junio, en los que ya no hace frío; buscamos y ponemos casa con todo espacio, y por julio nos vamos á San Sebastián ó á Biarritz, ó más lejos, si quieres. Aquí, por más vueltas que le demos, sólo somos unos honrados comerciantes en ferretería, mientras que en la corte seremos unos señores que viven de sus rentas. ¿Estás conforme? Todos ganaremos, y especialmente Luisito, que ¡Dios sabe adónde puede llegar!

Camila estuvo conforme y hasta conmovida por aquella prueba de expansión y cariño que le daba su marido. Éste mostrábase cada vez más alegre y satisfecho: sus recelos y la memoria de Enrique, de quien nada se sabía, íbanse borrando de su imaginación, y sólo veía á su esposa, más juiciosa cada día y bella con la hermosura que dan los años bien transcurridos en la quietud y abundancia, y á su hijo, inteligente, distinguido y capaz de aspirar á altos puestos. Además, desechaba de sí el estigma del comercio y podía codearse con todo el mundo.

La primera parte del proyecto llevóse á cabo según el programa. José Luis y Camila trasladáronse á Madrid, donde se hallaba Luisito, y los tres se hospedaron interinamente en el hotel de París. Luisito había hecho un examen brillantísimo.

Madrid, aunque todavía deficiente como capital, no cabe duda que es alegre y con un *cielo divino*, como dijo el ya olvidado D. Tristán Medina. En Madrid esperaba á José Luis un nuevo motivo de satisfacción: Luisito había empezado á ocuparse de trabajos periodísticos, y algunos artículos que había publicado eran unánimemente celebrados. «Será ministro, pensaba José Luis; aún tengo edad para verlo.»

Todo, pues, sonreía al ex comerciante.

El feliz matrimonio había encontrado un hermoso piso principal en la calle del Caballero de Gracia, y ocupábanse simultáneamente en amueblarle y hacer sus preparativos para el viaje de verano.

Una mañana almorzaba José Luis y su familia en la mesa redonda del hotel de París, pues á aquél gustábanle las mesas redondas, porque decía que en ellas se aprende y se adquieren relaciones. La mayor parte de los huéspedes aún no habían bajado y había poca gente en el comedor: sólo los madrugadores, como lo era José Luis. Estaban ya en los postes, y aderezaba éste con vino y azúcar una fuente de rica fresa de Aranjuez, cuando acertó á entrar en el comedor una persona que llamó la atención general. Era un viejecito de corta estatura, sonrosado y limpio como los chorros del oro. Llevaba un sombrero de copa, de castor, que colgó en una percha, camisa y pañuelo al cuello de irreprochable blancura, chaleco y pantalón de mahón, gran cadena de oro con varios sellos, y lo que más llamaba la atención en su traje era una cierta levita de cúbica verde, de corte raro, con follados en las mangas y amplios y largos faldones. Representaba lo que era: un honrado comerciante de sedas de la noble ciudad de la Habana, sólo que en lo referente á traje habíase quedado rezagado en el año 30. Iba á sentarse á la mesa, cerca del sitio que ocupaban José Luis y su familia; pero habiendo reparado en Luisito, se aproximó á éste y le dijo con mucha cortesía:

— ¿Es usted pariente de un caballero llamado don Enrique Laso de la Vega, á quien he conocido en la Habana?

— No, señor, contestó Luisito.

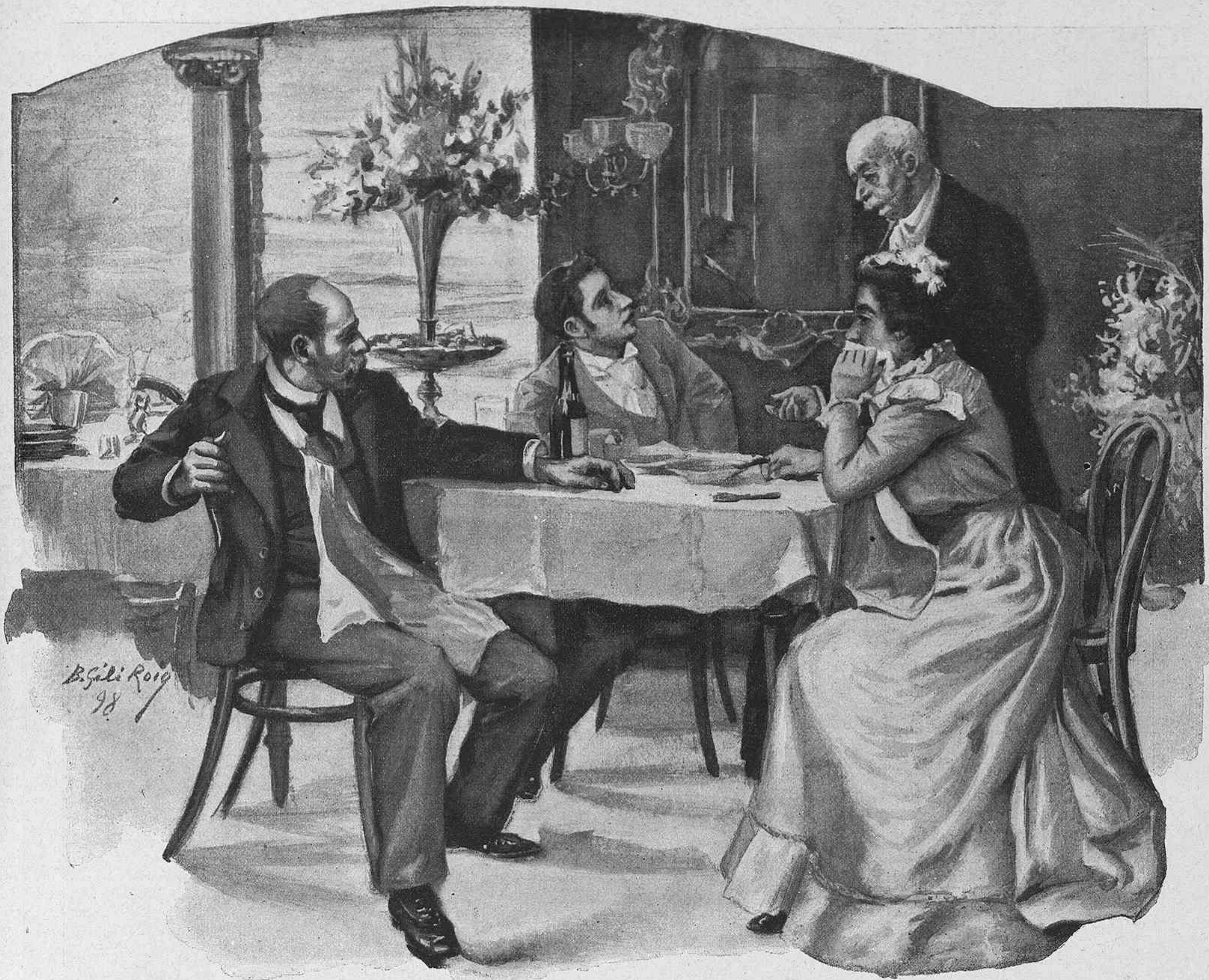
— ¡Caramba! Pues es usted vivo retrato suyo: parece usted su hijo.

José Luis saltó de su asiento como picado por una víbora, metió su cabeza entre las de Luisito y su madre, que estaban juntos, y dijo á ésta en voz muy baja, trémula de cólera:

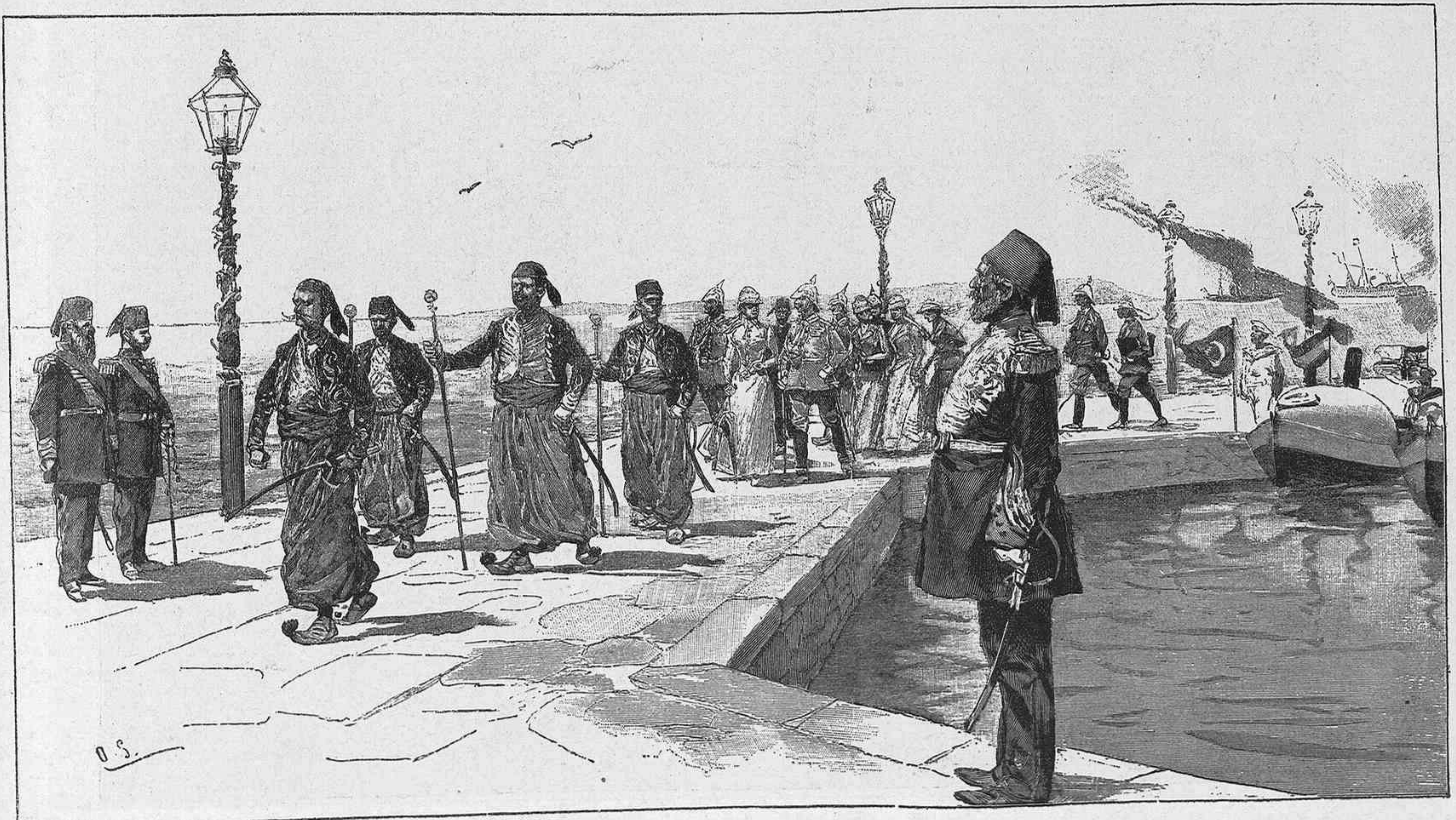
— Desde hoy ni tú ni el hijo de tu amante volveréis á verme.

Y salió del comedor precipitadamente.

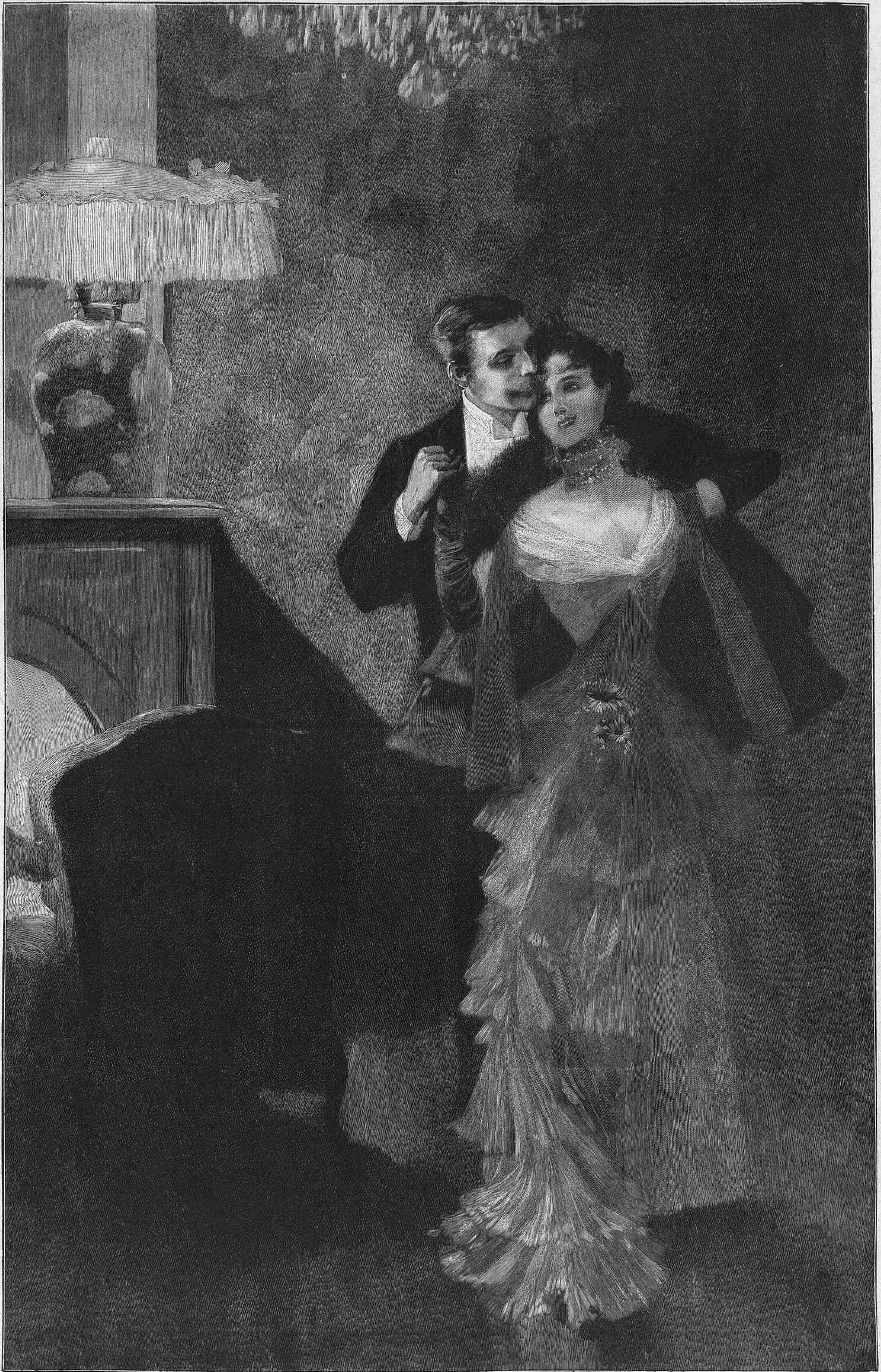
F. MORENO GODINO



¿ES USTED PARIENTE DE UN CABALLERO LLAMADO ENRIQUE LASO DE LA VEGA? (Véase el artículo «El hombre de la levita verde,» de F. Moreno Godino



VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA A PALESTINA. - RECEPCIÓN DE LOS EMPERADORES EN HAIFA



¡AL FIN SOLOS!, cuadro de F. Stahl



BUENOS CONSEJOS, cuadro de C. Schlecht

NUESTROS GRABADOS

La oración, grupo en mármol de Max Baumbach.—Max Baumbach es discípulo de los célebres escultores berlineses Schapper y Begas: gústale las formas grandiosas y las actitudes violentas, y hace ya algunos años que la ejecución de un grupo de animales para un panorama le dió ocasión de presentarse como escultor de grandes alientos. Poco después, el monumento del emperador Federico en el campo de batalla de Worth le conquistó merecida fama. Su grupo escultórico *La oración* justifica su nombradía y lo que decimos acerca de sus aficiones artísticas: esa madre que con expresión desesperada dirige al cielo una plegaria pidiéndole la salud del hijo enfermo, y ese niño que sentado en su falda y con los brazos caídos revela en su rostro y en todos sus miembros las huellas del mal que lo consume, son dos figuras grandiosamente concebidas y modeladas con esa soltura y ese vigor que sólo son patrimonio de los maestros que han alcanzado puesto preeminente en el templo del arte.

Cabeza de estudio. — Un senador romano. — Modistilla, esculturas de Prudencio Murillo.— Recientemente y con motivo de publicar en las páginas de esta Revista algunos hermosos estudios ejecutados por el discreto escultor ilerdense D. Prudencio Murillo, tuvimos ocasión de consignar el favorable juicio que nos merece dicho artista,



CABEZA DE ESTUDIO, escultura de Prudencio Murillo

señalando las aptitudes que posee para el cultivo del gran arte. De ahí que hoy, al reproducir otros estudios, resultado también de su pensionado en la Ciudad Eterna, nos limitemos á llamar acerca de ellos la atención de nuestros lectores, en la creencia de que con nosotros apreciarán su mérito y la facilidad con que el Sr. Murillo modela producciones de género tan diverso como el busto del senador romano, inspirado en las obras del clasicismo, y el de la modistilla, de tendencia moderna, dignos uno y otro de servir de preciado adorno en suntuosos salones.

Un nuevo aplauso al laborioso artista y la expresión del deseo de que alcance la merecida recompensa á su aplicación é inteligencia.

Viaje del emperador de Alemania á Palestina. — Recepción de los emperadores en Haifa.— Completando la información gráfica que hemos dado en números anteriores, publicamos en la página 751 una vista de la recepción de sus majestades imperiales en Haifa. El día 25 de octubre á las tres de la tarde llegó á aquel puerto la escuadra que conducía á los soberanos alemanes, y cuando dos horas después desembarcaron éstos, los muelles se hallaban completamente ocupados por una compacta multitud deseosa de contemplar á los imperiales huéspedes, quienes al saltar en tierra fueron recibidos por las autoridades civiles y militares. Inmediatamente verificóse la excursión al monte Carmelo, guiando el propio emperador el coche tirado por tres caballos, al cual seguía una escolta del regimiento del Ertogrul y regresando los expedicionarios al anochecer á Haifa, en donde la colonia alemana había iluminado sus viviendas: también estaba iluminado el buque de guerra turco *Osmanie*, y desde el vapor del Lloyd *Bohemia* se disparó un castillo de fuegos artificiales. Los emperadores pasaron la noche en el *Hohenzollern*, y á la mañana siguiente se dirigieron al jardín del consulado alemán, siendo recibidos con entusiasmo por la colonia alemana. Tres señoritas les entregaron ramos de flores y un estuche con encajes orientales, y varios niños y niñas les regalaron una mesa de madera de olivo para el príncipe heredero, y una cuna, copia de las que en Siria se usan, con una muñeca vestida con un traje árabe, para la princesita menor. Después de la recepción, los emperadores visitaron los institutos católico y protestante y aquella misma noche continuaron su viaje á Cesarea.

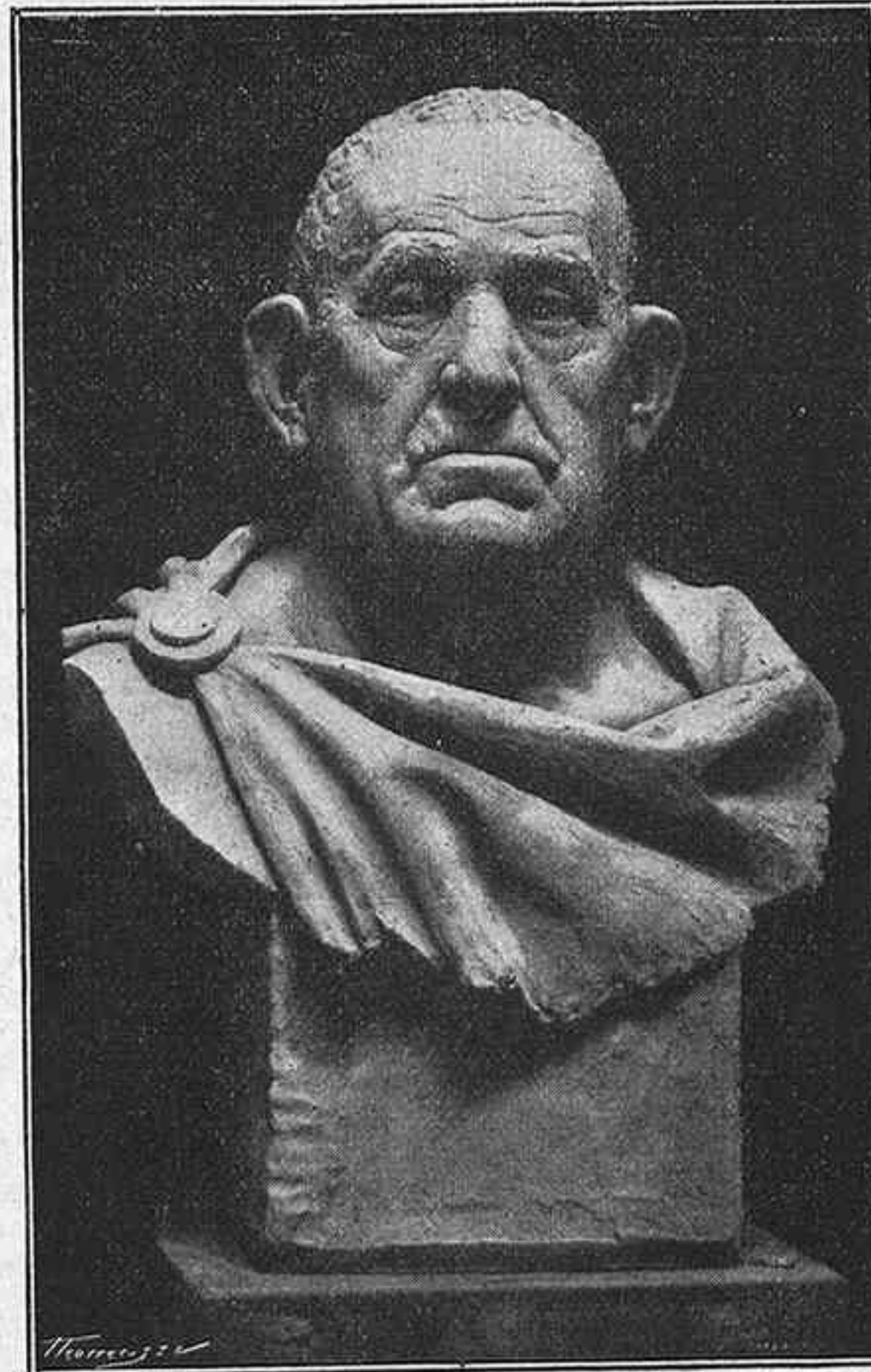
¡Al fin solos!, cuadro de F. Stahl.— ¡Cuántas ilusiones se condensan en el título de este cuadro! Terminaron las ceremonias de la boda, se fueron los invitados, cesaron las felicitaciones y las bromas más ó menos aceptables, se acabó, en suma, todo lo que era bullicio, gentío, conversaciones, risas, y los recién casados ven llegado por fin el tan deseado

momento en que solos, completamente solos por vez primera, pueden dar expansión, sin testigo alguno, á sus más íntimos sentimientos. Aquel instante es el instante supremo de su vida y de él guardarán ambos eterna memoria. El celebrado pintor alemán F. Stahl se ha inspirado en este instante, y bien puede afirmarse que ha sabido interpretarlo con especial acierto, envolviendo á los dos personajes en una especie de misterio y en una semiobscuridad que encajan perfectamente en el asunto y que contribuyen á dar mayor realce á los rostros iluminados que se juntan para unir sus labios en el primer beso de amor.

Buenos consejos, cuadro de C. Schlecht.—El argumento de este cuadro se adivina con poco esfuerzo. La anciana, tal vez abuela de la niña, da á ésta algunos consejos que de fijo se refieren á un asunto amoroso: su experiencia le hace comprender que la chiquilla no va por buen camino, que aquel en quien se ha fijado ó no es digno de su cariño ó trata simplemente de engañarla abusando de su inocencia. La pobre mujer bien se esfuerza en hacérselo comprender así á la enamorada doncella; bien le dice una y otra vez lo que debe hacer para poner término á una situación que ella estima peligrosa, bien le cita ejemplos de su tiempo, bien le enumera jóvenes incautas que lloraron con lágrimas de sangre su inexperiencia y su excesiva confianza; pero se nos antoja que todos sus consejos y todas sus reflexiones hacen muy poca mella en el ánimo de la muchacha, entrándole á ésta por un oído y saliéndole por otro como vulgarmente se dice. Todo esto refleja el lienzo de Schlecht, cuyas figuras parecen arrancadas del natural y cuyas bellezas de forma y expresión realzan las perfecciones del paisaje en que se mueven.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—La casa Vicente Bosch, de Badalona, ha publicado y tenido la bondad, que agradeceremos, de enviarnos los dos carteles anunciadores del *Ants del Mono*, originales del notable pintor D. Ramón Casas, que fueron premiados en el concurso hace algún tiempo celebrado en esta ciudad. Como oportunamente nos ocupamos de estas bellísimas obras de nuestro celebrado paisano y querido colabo-



UN SENADOR ROMANO, escultura de Prudencio Murillo

rador, nada diremos hoy de ellas y sólo consignaremos que la reproducción de las mismas, admirablemente hecha en los talleres de la casa Henrich y C.^ª, es digna de las pinturas originales.

Teatros.—En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha representado con gran éxito el drama de Rostand *Cyrano de Bergerac*, traducido al alemán por Fulda.

— En San Petersburgo ha sido muy aplaudida la tragedia de Tolstoi *Tsar Fedoro Iwanowitch*, que hasta ahora había sido prohibida por la censura.

— El compositor parisiense Massenet está terminando su nueva ópera *Griseldis*, cuyo libreto es de A. Sylvestre y E. Morand.

París.— Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *Judith Renaudin*, interesante comedia sentimental en cinco actos de Pedro Loti; en el Teatro Libre *Aux courses!*, comedia en siete cuadros de M. Veyrin; en el Ambigu *Papa la Vertu*, interesantísimo drama en cinco actos y ocho cuadros de Pedro Decourcelle y René Mazeroy; y en la Comedia Francesa *Struensee*, drama en verso en cinco actos y un prólogo admirablemente escrito por Pablo Meurice.

Madrid.— Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El pillo de playa*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Jiménez Prieto y Montesinos y música de los Sres. Hermoso y Chalons; y en el Circo de Parish *María del Carmen*, ópera basada en el interesante drama del malogrado Feliu y Codina, sobre el cual el joven compositor catalán Sr. Granados ha escrito una partitura bellísima en la que abundan las piezas llenas de inspiración y admirablemente instrumentadas.

Barcelona.— La temporada ha dado principio brillantemente en el Gran Teatro del Liceo. Dos óperas se han puesto esta semana en escena, ambas con excelente éxito: *Andrea Che-*

nier, del maestro Giordano, y *Los Puritanos*, de Bellini. En la primera han sido muy aplaudidos la Sra. Corsi, el tenor De Marchi y el barítono Giraldoni, y en la segunda la Sra. Pinkert y el tenor Bonci. La orquesta, dirigida en aquélla por el maestro Cimini y en ésta por el maestro Vehils, ha ejecutado primorosamente una y otra partitura, y los coros, notablen-



MODISTILLA, escultura de Prudencio Murillo

te reforzados, nada han dejado que desear. Este año nótese en dicho teatro una inteligente dirección escénica, y así la indumentaria como todo el aparato escénico se han renovado cuidadosamente, correspondiendo á la importancia de dicho coliseo. En los demás teatros se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Los motes ó el gran sastre de Alcalá*, gracioso sainete en un acto de los Sres. Parellada y Colom, y en el teatro Granvía *La zarzuela nueva*, letra de Sinesio Delgado y música de Torregrossa. En el teatro Lírico, la Sociedad Filarmónica ha dado bajo la inteligente dirección del célebre maestro Vincent d' Indy cuatro grandes conciertos en los cuales se han ejecutado brillantemente las más notables obras de los compositores clásicos.

Necrología.

— Han fallecido: Francisco Magnus Bohme, notable músico alemán, verdadera autoridad en materia de historia musical, especialmente en los cantos populares alemanes.

Dr. Gustavo Florke, conocido escritor alemán y profesor de Historia de arte en la Academia de Bellas Artes de Weimar.

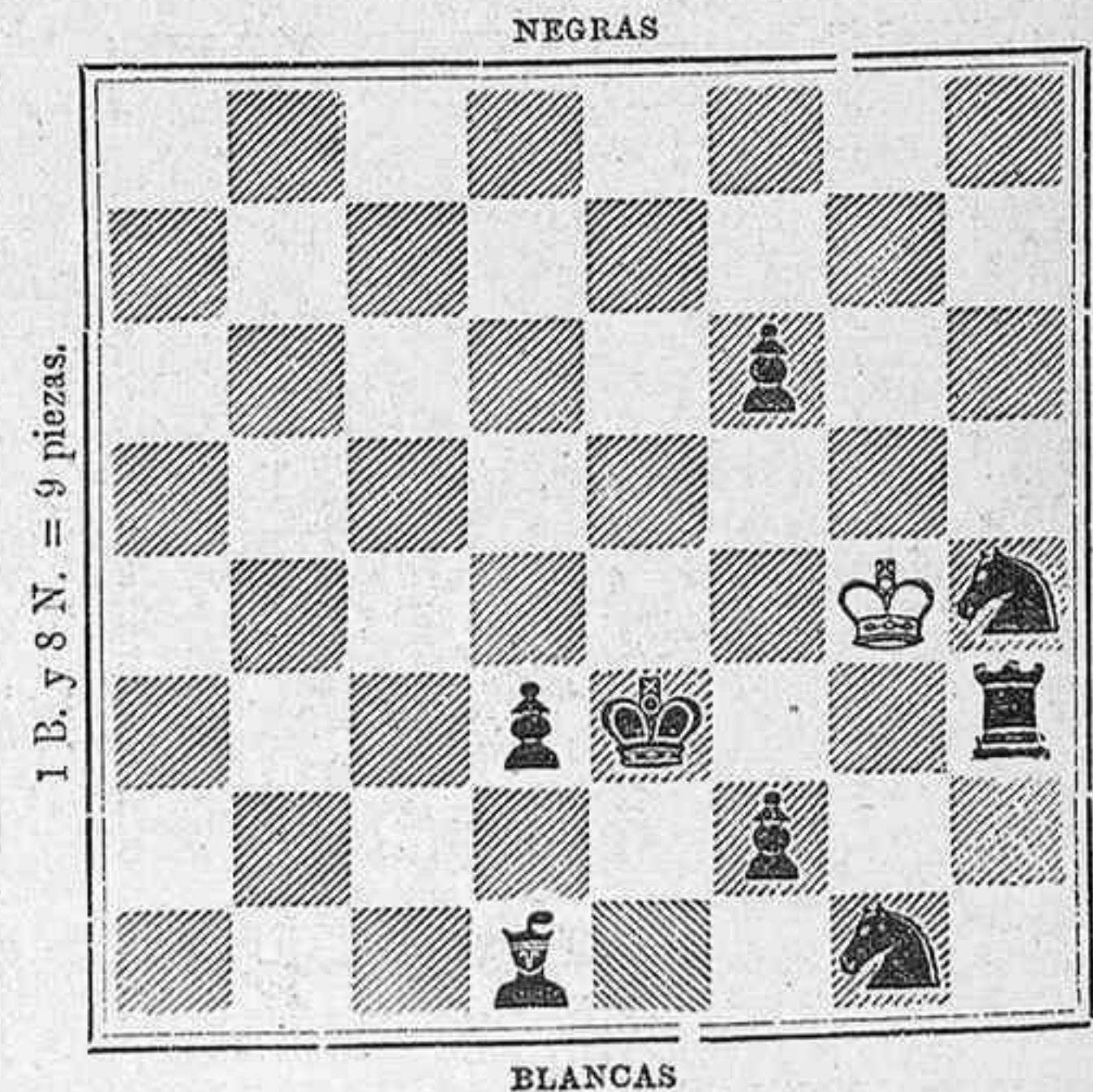
Severin Vez, notable pintor de historia muniquense que cultivó también con gran éxito el paisaje y la pintura al fresco.

Jacobo Petrowitsch Polonsky, uno de los más famosos poetas líricos de Rusia, escritor romántico.

Federico Sturm, pintor de género y decorativo austriaco.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 140, POR JOSÉ PALUZIE



Las negras, contestando la última jugada de las blancas, han dado mate en una jugada, como se ve en el diagrama. Las blancas, en lugar de la última jugada efectuada, que ha sido la peor de todas, podían haber hecho la mejor, dando mate á las negras en una jugada. ¿Cómo?

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 139, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|-----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C 3 A R | 1. R toma A (*) |
| 2. T 6 C D | 2. Cualquiera. |
| 3. D 6 T mate. | |

(*) Si 1. R toma C; 2. T c A R jaque, y 3. D 2 A R mate. — 1. P uega; 2. D 7 F, y 3. D 6 T ma'e.



Bertranda acababa de derramar en la mano del mísero capitán de gendarmes el te hirviendo

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El subprefecto aconsejaba, pues, á la Sra. Duvernoy que si quería asegurar el triunfo de la causa republicana y probar su civismo, lo más á propósito sería hacer pasar á manos más seguras la presidencia de la Asociación, á las de la Sra. Ribaudet por ejemplo, cuyas reconocidas opiniones republicanas tranquilizaban á la autoridad. Con esto imponía á Bertranda un terrible sacrificio; enemistarse con sus primas Lezines era romper con la mitad de Pontarlier. Esta señora pidió algunos días para pensarlo. A

la noche siguiente, y mientras estaba reflexionando sin encontrar solución al asunto, el notario entró ruidosamente diciendo:

- Acaba de presentarse un nuevo candidato á la diputación, y por cierto que comienza regiamente con la adquisición de la fábrica de los Trichard. Va á llenarla de obreros; ¡magnífico reclamo electoral! Es un banquero parisiense varias veces millonario; creo que no haya nadie tan loco que pretenda luchar con él.

- ¿Y cómo se llama?, preguntó la Sra. Fournerón algo picada.

Aspiraba al monopolio de las noticias y no le gustaba que otro supiera antes que ella un suceso importante.

- Se llama Leodiceo Martín, contestó el notario.

En el fondo del salón resonó un grito de dolor. Bertranda acababa de derramar en la mano del mísero capitán de gendarmes el te hirviendo. Disculpóse por su torpeza, mientras el notario, á quien no había pasado inadvertido el sobresalto de la señora Duvernoy, preguntaba:

- ¿Por ventura le conoce usted, señora? ¿Es pariente de usted?

- No lo sé, contestó la interpelada esforzándose por recobrar su aplomo; he conocido muy poco la familia de mi primer marido.

- Pues le pido á usted permiso para presentárselo.

Bertranda dirigió al notario una mirada dura, cuya expresión singular no comprendió él.

- Como usted guste, dijo después de un minuto de vacilación.

Cuando se marcharon los contertulios, Bertranda permaneció largo rato cavilosa, pero las cintas viejas no tenían ya nada que ver con su cavilación. Con las dos manos cruzadas sobre las rodillas, la tenía abatida aquel golpe imprevisto, que destruía su ensueño de ambición política y amenazaba derrumbar el edificio de *respectability* tan laboriosamente levantado. Despertábase en toda su vivacidad el resentimiento de otro tiempo: había olvidado á aquel hombre, pero sin perdonarle jamás. ¿Por qué, pues, iba á retarla á aquel rincón aislado, casi ignorado, en que vivía? ¿Qué fatalidad le llevaba á su presencia? ¿Qué debía hacer? ¡Ah! ¡Si hubiera estado segura de la victoria! Si lo hubiera estado de poder aniquilar á

aquel miserable, de impedir su elección, de hacerle perder su fortuna, ¡con qué áspero gozo habría aceptado la lucha! Pero el sentido práctico que jamás la abandonaba le decía que para ella el resultado de la lucha sería una funesta derrota, y ya no quería ser vencida por él; demasiado sabía que Leodiceo no tenía generosidad, ni bondad, ni honor; que la pisotearía si se atravesaba en su camino como la había pisoteado en otra ocasión; sabía muy bien que él hablaría, y ella no quería que hablara.

XXIII

El banquero Sr. Martín activaba en lo posible sus negocios, persuadido de que la prontitud es un elemento de buen éxito.

Al ausentarse de París se había proporcionado cartas de recomendación de los jefes principales del partido. Después de dedicar el primer día a examinar la fábrica y a cerciorarse de que su adquisición sería ventajosa y remuneradora, consagró el segundo a la elección. Ante todo visitó al subprefecto. Aunque no hubiera candidatura oficial propiamente dicha, y por más que todos los republicanos sean iguales, según se dice, ante el Señor, no está de más el conciliarse la buena voluntad de los agentes del gobierno.

Al leer las cartas el subprefecto dijo:

— ¡Diantre! Es que está la Sra. Duvernoy de por medio, y si consiente en lo de las cintas viejas... Me he comprometido un poco con ella; también se trata de un candidato republicano moderado, respetuoso del poder, de la autoridad, bienquisto del país, rico, al menos con relación a la provincia, porque aquí las fortunas no se parecen a las parisienses, señor banquero, y que tenía la elección casi asegurada si no se hubiera usted venido a poner de por medio. ¡Diablo, diablo! Es preciso que uno de los dos se retire; de lo contrario, dividirían ustedes el partido, el partido prudente, y darían el triunfo a un radical ó a un reaccionario.

El Sr. Martín contestó terminantemente:

— Pues lo que es yo no me retiro; si el partido moderado no me acepta por candidato, me presentaré a los radicales ó a los reaccionarios, y Cristo con todos.

El subprefecto se rascaba la frente, muy embarazado.

— Pues bien, dijo, verá a la Sra. Duvernoy; procuraré hacerle comprender que los grandes intereses sociales..., la salvación de la República... Procuraré conseguir...

— Pero ¿quién es esa Sra. Duvernoy?, preguntó Martín. ¿Acaso eligen ustedes ahora representantes del país a las mujeres?

El subprefecto se echó a reír.

— No será ella la elegida, respondió, sino la que inspirará la votación. Le aseguro a usted que es una mujer de empuje, que ejerce su influencia en todo Pontarlier; si se pusiera en contra de usted, no respondería yo de nada; pero si está en su favor, puede usted tener su elección por segura.

Una hora después, Martín discutía con el notario Ribaudet cierta cláusula de la compra de la fábrica, cuando éste le dijo de pronto:

— A propósito, ¿tendría usted inconveniente en acompañarme esta noche a la casa más influyente de la población? Le presentaré a una señora que puede hacer mucho en favor de su elección, a la Sra. Duvernoy.

— ¡A mi rival! El subprefecto acaba de decirme que su marido se presentaba también candidato.

— ¡Que se presenta candidato!, repitió Ribaudet. Y de pronto, poniéndose serio, exclamó:

— Ahora ya comprendo.

— ¿Qué comprende usted?

— Comprendo la causa de que el pobre capitán Kirkampan recibiera en la mano el contenido de la tetera. También pensaba yo: ¿por qué se ha demudado tanto esta señora? Y era porque acababa de hablarle de usted y de noticiarle que presentaba usted su candidatura: comprendo asimismo por qué me miró con aquella cara de pocos amigos cuando le pedí permiso para presentar a usted en su casa. ¡Ah! Es de todo punto forzoso conseguir que desista; pero ¿cómo lo lograremos? Si se tratara de otra mujer diría: es usted rico, sacrifique usted una corta cantidad, ó bien apelaríamos al gastado recurso del interés del partido; pero a ella se le da un bledo del partido... Pero ¿por qué querrá que elijan diputado a ese pobre Duvernoy?

— No parece sino que le da a usted miedo esa mujer, dijo Martín. ¿Tan terrible es?

— No es que sea terrible; al contrario, es toda miel y manteca; pero tiene metido en un puño a Pontarlier. Ante todo da muchas recepciones, comidas... (y

se lamió los labios), comidas, y no digo más; luego veladas todas las semanas y un gran baile cada estación: a no ser por ella, ¡nos aburriríamos tanto! Además, los Duvernoy son hijos del país, enlazados con las mejores familias; por su primera mujer, que era de la de Aubián, es primo hermano de los Lezines y de los Sommieres.

— Acaba usted de pronunciar dos nombres, dijo el banquero sobresaltado, que no me son desconocidos. ¿Hay alguna familia Aubián en este país?

— En rigor no la hay, porque el último que llevaba este apellido, un teniente de navío, ha perecido en una expedición al polo Norte. Pero ¿qué tiene usted? ¿Se siente usted indispuerto?

— No, no es nada; sino que aquí hace bastante calor.

El notario se apresuró a abrir las ventanas.

— También ha hablado usted de Sommieres, repuso Leodiceo; yo he conocido un Sommieres, llamado Santiago.

— Precisamente; ese es primo de los Aubián. En este momento no está en Pontarlier, sino en los Pirineos, en Bagnères ó Barèges ó no sé dónde, retenido por un ataque de gota. Pero en resumidas cuentas, ¿qué decidimos?

— Pues bien, querido notario, me presentará usted esta noche a la Sra. Duvernoy, puesto que ha tenido la bondad de autorizarle a usted para ello; no me pesa tener una mujer por adversario. Buscaré el punto vulnerable de esa nueva Minerva.

— ¡Oh! Por más que lo busque usted no lo encontrará, contestó el notario con entera convicción.

La Sra. Duvernoy, rodeada en su salón de sus habituales contertulios, iba y venía, sonriendo a todos, tan tranquila, tan dueña de sí misma, que los más perspicaces ó los más desconfiados nada hubieran notado en ella. La reunión era numerosa, toda vez que habían sido convocadas todas las personas que constituían la flor y nata de la población con estas palabras interesantes: «Para conocer a nuestro candidato a la diputación.» Y debajo esta promesa más lisonjera todavía: «Se bailará.»

Bertranda sabía que el bullicio de la danza es favorable para las intrigas secretas, que es lo que mejor permite aislarse en la baránda, y que no hay nada que frustrase mejor las perspicacias y las malquerencias. Sabía también que esos trajes de las reuniones íntimas, compuestos de tules y blondas, sentaban perfectamente a su belleza. Aquella noche había querido estar hermosa, y podía quedar satisfecha cuando al pasar por delante de los grandes espejos se miraba rápidamente a ellos. Nunca como entonces había merecido el nombre de sirena que le aplicaron los oficiales de marina de Brest; jamás tuvieron sus grandes ojos una penetración más perturbadora ni un brillo más alarmante.

A eso de las diez, el Sr. Martín hizo su entrada, seguido del notario. Avanzaba por el salón con ese aplomo que dan la riqueza y la fortuna, con el cuerpo erguido, la cabeza muy levantada, en una actitud fanfarrona de guapo mozo, que a la verdad seguía conservando a pesar de sus cuarenta y dos años. De pronto el Sr. Ribaudet se paró, al ver que se acercaba a ellos Bertranda graciosa y sonriente.

— Señora, permítame usted que le presente al banquero Sr. Martín.

Ella alargó la mano al recién llegado y le dijo con voz cuyo timbre metálico no revelaba la menor emoción:

— Caballero, tengo mucho gusto en... conocer a usted y en darle la bienvenida a nuestro país.

Accentuó imperceptiblemente las palabras «conocer a usted,» mientras que sus grandes ojos garzos se fijaban penetrantes y autoritarios en los ojos turbados del banquero. Esta mirada comentaba sus palabras y significaba:

«Tengo gusto en conocer a un hombre a quien ya conozco, pero que no debe conocerme.»

Leodiceo se inclinó cortado, balbuciendo palabras ininteligibles, y pensando si no le engañaba un parecido extraño.

Aquel encuentro imprevisto le causó una especie de espanto y como el presentimiento de una derrota, y tanto que apenas oyó las palabras de vulgar cortesanía que la Sra. Duvernoy le dirigía.

Habiéndose acercado Fernando y algunos caballeros, empezaron las presentaciones. El banquero iba recobrando poco a poco su serenidad, pero su preocupación era visible. Oyóse el prelude de un vals y a favor del movimiento que hubo entonces entre la concurrencia, pudo retirarse aparte. Miraba a hurtadillas a Bertranda y la completa tranquilidad de la joven acabó de descomponerle.

Ocupada ésta en aquel momento en organizar las figuras de un rigodón americano, regañaba gentil-

mente a algunos bailarines recalcitrantes, y al parecer ni se acordaba siquiera de que un hombre llamado Leodiceo Martín estaba en su salón.

Al rigodón americano siguió un vals. El banquero vió pasar por delante de él a la Sra. Duvernoy, ligera y radiante, del brazo de un joven oficial de artillería.

El subprefecto se reunió con él.

— Buena noticia, le dijo; usted y yo debemos encender un par de cirios a la Sra. Duvernoy, que ha estado muy deferente y ha retirado la candidatura con exquisita gracia, esa gracia con que lo hace todo. Le hubiera cabido el derecho de manifestar algún enojo, pero ¡ca! ¡Tiene una abnegación, una modestia! Y yo que la creía ambiciosa... Y bien mirado haría una mujer de diputado, ó de administrador, ejemplar.

Echó una melancólica mirada a su flaca y desgarrada esposa, exhalando un elocuente suspiro, y en seguida añadió repitiendo su frase:

— ¡Tan graciosa, tan amable para con todos! ¿Tienen ustedes en París mujeres tan bonitas como esa? Mírela usted bien, amigo mío.

— ¡Mirarla! Pues si el banquero no hacía otra cosa desde que allí estaba...

Su despecho iba aumentando por momentos. Si hubiese encontrado a Bertranda pobre como en otro tiempo, abandonada ó gimiente, no se le hubiera ocurrido amarla; pero verla ahora tan completamente cambiada, admirada de todos, adorada quizás, era cosa que engendraba en su corazón un sentimiento de vanidad humillada y de egoísta resentimiento.

XXIV

La situación de candidato a la diputación no es una prebenda, y así lo conoció prácticamente el señor Martín. Desde muy temprano le visitaban en la fonda el subprefecto ó el notario, pues el segundo se había constituido en su agente electoral. El candidato era su cosa, su presa, su esclavo. Cuando daban las cinco procuraba sustraerse a esta tiranía y corría a casa de Bertranda, multiplicando sus visitas más de lo que el bien parecer permitía, con la esperanza siempre renaciente, pero siempre frustrada, de encontrarla sola.

Ya no le recibía con la gracia sonriente del primer día, sino con ironía y hasta con acritud. Hubiérase dicho que aquellas visitas frecuentes la importunaban, y tanto que la Sra. Fourneron se lo censuraba. La anciana señora apenas se movía del salón de su sobrina a la hora en que iba el candidato, prosiguiendo sus negociaciones matrimoniales sin desalentarse ni darse por ofendida. El Sr. Martín encontraba allí también a menudo a las señoritas de Lezines, cortando algunos alfileros en forma de corazón en cintas viejas, y escuchaba la enumeración de las necesidades de la asociación, viéndose obligado a vaciar su portamonedas en manos de la tesorera para la famosa tómbola.

Otras veces tenía que aguantar con paciencia algún estudio histórico que el presidente del tribunal, vuelto a la gracia de la Sra. Duvernoy, acudía a someterla y cuya lectura había de escuchar Leodiceo de bueno ó mal grado.

Entretanto proseguían las excursiones electorales. Durante el día, tenía que recorrer los pueblos de su circunscripción, distribuyendo apretones de manos, repitiendo las frases de cajón, los juramentos, las promesas. Volvía a su casa molido y enlodado, y allí recibía algún aviso anunciándole que por la noche le esperaban en casa del subprefecto, en la del notario ó en cualquiera otra.

La ciudad entera estaba revuelta. Es preciso conocer el tedio que reina en las poblaciones de provincia para hacerse cargo de la facilidad con que cualquier acontecimiento se convierte en motivo de fiesta. Leodiceo era el rey de estas fiestas; deslumbraba a los hombres con el relato de maravillosas operaciones de Bolsa en las que se atravesaban muchos millones, y encantaba a las mujeres con sus confidencias de aventuras caballerescas. Su facundia le proporcionaba buen número de partidarios; y a estos elementos de éxito añadía otros. La Sra. Fourneron soñaba con volverle a casar, y tomando por lo serio algunas tonterías que le había dicho, repetía a quien quería escucharla que desdeñaba el dote y sólo deseaba un corazón sencillo y bueno. Todas las solteras, jóvenes ó maduras, todas las viudas, formales ó coquetas, soñaban con aquel marido que les llovía del cielo y le demostraban su buena voluntad haciéndose sus agentes electorales más activos.

Leodiceo era demasiado hábil para desanimar a tan poderosos aliados. En breve no bastaron las reuniones nocturnas a sus ardientes auxiliares y se organizaron comidas de campo y refrescos. En medio

de estas excursiones electorales, Martín veía aparecer un escuadrón volante dirigido por las Ribaudet, madre é hija, sus más fervientes admiradoras. Poníanse las mesas, el champagne chispeaba en los vasos y se brindaba por el próximo triunfo.

Cierto domingo la alegre comitiva llegó á una aldea donde se celebraba una fiesta, pues Leodiceo había escogido aquel día para una de sus más importantes conferencias. Acaba de tronar con la indignación virtuosa de un puritano contra la depravación de las cortes, y habiendo sido muy aplaudido, se hallaba poseído de esa excitación animada que proporciona todo triunfo.

— Llévase el diablo la política, dijo: ahora divirtámonos.

Acercóse á Bertranda: sus ojos estaban diciendo: «amémosos.»

La mirada que en ella encontró no tenía por qué desanimarle, pero aquella mujer le contestó con su voz agresiva:

— En punto á diversiones, puede usted escoger entre los caballitos del tío Vivo y el tiro al blanco; en nuestras montañas no tenemos más que pasatiempos inocentes.

— Pues vaya por el tiro al blanco, dijo él alegremente.

Los aldeanos rodearon el tiro; apartáronse al ver que se acercaban las mujeres, y luego volvieron á formar corro, riéndose á hurtadillas y gozando de antemano de su torpeza. Resultó lo que esperaban, pues aquellas manecitas tímidas temblaban al apuntar y las balas se perdían en todas direcciones.

— Ahora me toca á mí, dijo Leodiceo.

Y como quien no quiere la cosa y con pulso firme, hizo blanco á cada disparo.

Los aldeanos habían cesado de reír y sus tostados semblantes traslucían la respetuosa admiración que toda superioridad en los ejercicios corporales les inspira. El candidato comprendió que acababa de pronunciar el más elocuente de todos sus discursos, y para aumentar su efecto dijo:

— Lo más precioso en la destreza en las armas es que autoriza la clemencia. Así es que en mi último duelo, después de haber arrostrado el fuego de mi adversario, me negué á tirar; él insistió suponiendo que mi pistola estaba descargada. «No lo dejemos por eso, contesté, pero cada cual tiene sus gustos, y yo prefiero pegar un balazo al corazón de una manzana más bien que en el de un hombre.»

Los campesinos celebraron esta ocurrencia con una risotada.

Leodiceo continuó:

— Apunté á una manzana que pendía de la rama de un árbol vecino.

— ¿Y la partió usted?

— ¡Ya lo creo!

Miró alrededor, y viendo allí cerca un manzano, apuntó despacio, hizo fuego y derribó un fruto. Los circunstantes prorrumpieron en exclamaciones de admiración, las mujeres aplaudieron y los aldeanos corrieron á recoger la manzana y reconocerla.

Esta proeza puso el colmo á la popularidad de Leodiceo; en la ciudad no se hablaba de otra cosa sino de su prodigiosa destreza; la historia del duelo y de la manzana circuló por tabernas y salones.

— ¡Es un Guillermo Tell!, exclamaba la Sra. Fournerón. ¡Es el héroe de la independencia!

Dos mujeres protestaban, sin embargo, de este entusiasmo; la una con su silenciosa reserva, la otra con evidente hostilidad: eran Bertranda y Lila. El pintor había exigido que su hija acompañase á su madrastra á la mayor parte de las fiestas.

— Una joven de diez y ocho años no puede quedar sola en casa, había dicho.

Lila obedecía con su glacial indiferencia, y apenas respondía á las solícitas atenciones del candidato, conducta que fué notada y discutida.

— ¡Qué rara es esa señorita Duvernoy!, decía la gente. El Sr. Martín sería un magnífico partido para ella; alguna diferencia de edad, pero tan rico... Demasiado hace con fijarse en esa tontuela.

La actitud de Bertranda causaba todavía más sorpresa; ella, tan buena, tan graciosa, que jamás se permitía una burla y cuya benevolencia era proverbial, se mostraba para con el futuro diputado acerba, irónica, provocadora, no tratando de disimular la poca simpatía que le inspiraba; respondía á sus finezas, no como su hijastra con altanero silencio, sino con epigramas mortificantes á veces, mordaces siempre. Cuando le daba la mano de mala gana, nadie podía sentir el calor del apretón.

En medio de la comedia electoral, Leodiceo re-

presentaba una comedia de amor y la representaba con convicción.

Este manejo, invisible para la generalidad, no había pasado inadvertido á la perspicacia de Lila, que tenía el don de penetración de las personas calladas. Había notado al través de las burlas de su madrastra cierta perturbación, y en la guerra que hacía al candidato, una inteligencia secreta y extraña. Había visto que los ojos de Bertranda se fijaban de soslayo en los de Leodiceo con rara expresión y oído temblar aquella voz metálica cuyas entonaciones suaves eran desconocidas para ella.



Leodiceo y Bertranda

Lila estaba convencida de lo que no acertaba á discernir bien el banquero. Hacía mucho tiempo, desde el primer día quizás, que la especie de vestido de terciopelo con que se encubría su madre se había entreabierto para que la niña viese la armadura de acero de su pecho; pero esta armadura se abría á su vez y dejaba al descubierto el corazón, un corazón débil y palpitante.

Bertranda estaba cogida en su propio lazo: sentía renacer el mismo trastorno, la misma fiebre de otro tiempo. Aquel vividor ya maduro y cansado hacía vibrar en su corazón ciertas cuerdas al parecer adormecidas.

Prosiguió la lucha, mostrándose cada vez más agresiva á medida que perdía la entereza.

XXV

En una de sus veladas, Bertranda hizo á Martín la siguiente pregunta á quemarropa:

— ¿Es usted aficionado á la música?

— ¡Si lo era! Pues ¿y aquellas romanzas que cantaba acompañándole Valeria? Leodiceo aceptó el reto.

— Soy muy mal aficionado, señora, contestó; sin embargo, en otro tiempo cantaba un poco, y si la Sra. Ribaudet tuviera la amabilidad de acompañarme al piano...

La Sra. Ribaudet, lisonjeada, se sentó al piano. Leodiceo, con voz fuerte, vibrante, cuyo timbre apasionado parecía suplicante, empezó á cantar la romanza de la opereta *Les Porcherons*:

El amante que te implora,
Y á quien olvidaste, implía,
¿Una piadosa mirada
Podrá esperar todavía?
Cruel á la par que dulce,
¿Te podré yo desarmar?
¡Ay! O sé menos hermosa,
O sabe, por Dios, amar.

Desde las primeras palabras, desde las primeras notas de aquella voz antes tan querida, Bertranda sintió que su corazón desfallecía. Parecía verse en el salón de la quinta Martín, en aquella época en que su alma se abría insensatamente al único amor de su vida. Y era la misma voz, el mismo hombre, las mismas palabras lo que oía.

Involuntaria, casi fatalmente, levantó los ojos, y durante un momento todo lo olvidó, el pasado, el abandono, la vergüenza.

En el salón resonaron aplausos; no sabían que el

Sr. Martín tuviese tan notable aptitud. Cuando, terminada la romanza, pudo acercarse á Bertranda, los ojos garzos habían recobrado su enigmática mirada.

El Sr. Martín fué elegido diputado por gran mayoría de votos. Un tanto embriagado con su triunfo, se mostró espléndido, y á los unos distribuyó propinas, invitó á los otros á un banquete, y por fin organizó una *garden party* en obsequio de aquellas á quienes llamaba sus bellas electoras.

Contaba con la libertad que suele reinar en esta clase de reuniones para conseguir de Bertranda la entrevista decisiva que ella había eludido siempre. Temeroso de que recurriera á algún pretexto para no aceptar su invitación, tomó por auxiliar á su mismo marido.

— ¿Cree usted, querido amigo, que su esposa de usted me hará el obsequio de recibir á mis convidados?, le preguntó. Un hombre solo es tan torpe...

— Sin duda, contestó el pintor. ¿Por qué se había de negar á prestar á usted ese ligero servicio?

Cuando Duvernoy transmitió á su mujer la petición del diputado, ella se puso encendida de cólera y dijo violentamente:

— ¡No iré! ¿Por qué obligarme á asistir al triunfo de ese hombre?

Mas al ver la mirada de sorpresa de su marido, añadió:

— Hay que tener presente que soy bretona, y todas esas ovaciones republicanas lastiman mi monarquismo, por lo cual hubiera deseado no tomar parte en ellas.

Luego repuso como con indiferencia:

— Pero bien mirado, ¿qué me importa? Si deseas que presida esa fiesta, lo haré.

— Sí, contestó Fernando, te lo agradeceré, pues ya he dado mi aquiescencia.

Bertranda le lanzó la mirada del nadador á quien se lleva la corriente y que conoce la inutilidad de sus esfuerzos, y acabó por ceder.

XXVI

La mañana del día fijado para la *garden-party*, Duvernoy se preparaba alegremente para ir á esta fiesta, cuando surgió un contratiempo en forma de carta. Pasó á la habitación de su mujer, á la que dijo:

— Un amigo mío me ruega que le haga un favor importante, y tengo que partir ahora mismo. Di á nuestro querido diputado cuánto lo siento. Creo que estaré ausente dos días.

Una hora después tomaba el tren y Bertranda iba sola á casa de Leodiceo.

Todavía se habla en Pontarlier de la magnificencia de aquella *garden-party*, cuyos atractivos excedieron á cuanto se podía suponer; juegos de todas clases, teatros de títeres, y en fin un salón de baile en el que tocaba una brillante orquesta. Cuando se hizo de noche, se iluminaron los árboles del parque, y por último, para coronar la fiesta, se disparó un castillo de fuegos artificiales.

Una mujer no participaba de la alegría general; al contrario, sentía la más viva irritación. ¿Por qué había ido allí? ¿Y por qué no se marchaba? A la verdad, no habría sabido decirlo. Hacer los honores de aquella fiesta, ¡qué ironía! Tomar parte en aquel triunfo, en el triunfo del hombre que, después de haberla engañado en su juventud, acaba de estorbar el logro de la ambición de su edad madura, ¡qué humillación!

Leodiceo se acercó. ¡Ah! Esta vez no le negó la entrevista que hacía tanto tiempo deseaba, y ella fué la que le llevó bajo la sombra de los árboles seculares.

Entonces, en una de esas breves, pero vehementes recriminaciones en que el corazón dice su última palabra, evocó el sombrío recuerdo del pasado. Le echó en cara la bajeza de su traición, la infamia de sus falaces promesas, el egoísmo de su olvido; hizo pasar ante sus ojos toda su existencia, su desesperación, su casamiento de odio y venganza.

— A usted debo todas las desgracias de mi vida; ha mancillado usted mi juventud, destruido en mi alma la fe y la ilusión; se ha burlado usted de mi amor, lo ha despreciado, pisoteado. ¡Le amaba á usted tanto entonces, que creí volverme loca! Hoy..., hoy le maldigo y le aborrezco.

A la sazón estaban lejos del bullicio de la fiesta; apenas si llegaban hasta ellos los sonidos debilitados de la orquesta. Leodiceo le cogió ambas manos como lo hacía en otro tiempo, y atrayéndola á sí le dijo:

(Continuará)

EL PUERTO FRANCO DE STETTIN

El día 23 de septiembre último, celebróse, con asistencia del emperador Guillermo, la inauguración del puerto franco de Stettin que aumentará considerablemente el comercio de aquella antigua ciudad mercantil, primera plaza del comercio marítimo de Prusia, y la importancia de aquella población entre los diversos emporios del mar Báltico. Esta obra viene á colmar deseos que desde larga fecha se ve-



Fuente monumental erigida en Stettin con motivo de la inauguración del puerto franco, obra de Luis de Manzel (copia de una fotografía de Matthaey).

nían formulando y constituye el término de los esfuerzos que en pro de la misma se han venido haciendo sin interrupción desde el año 1855.

En efecto, desde mediados de este siglo se señalaba la necesidad de ajustar las disposiciones del puerto de Stettin al gran desarrollo que habían alcanzado los ferrocarriles y el tráfico que por éstos se realizaba: los trabajos que á este fin se practicaban, tomaron forma concreta por vez primera en 1876, cuando se construyeron las obras del puerto y de los ferrocarriles del Dunzig, afluente del Oder en el puerto de Stettin. En virtud de un contrato que firmaron en 1876 el municipio de Stettin y las compañías ferroviarias de Berlín á Stettin y Breslau-Schweidnitz-Friburgo, pudieron realizarse esas obras para cuya ejecución aquel municipio cedió 23.555 metros cuadrados de terreno y las murallas, construyendo las compañías por su cuenta los tinglados, las grúas y las vías. Por la cesión del terreno percibió el municipio una renta anual de 23.908 marcos, cobrando además una pensión por la de las murallas: los derechos de tránsito, de grúa y de almacenaje correspondían por mitad á las compañías ferroviarias. Las citadas construcciones fueron utilizadas desde 1878.

En seguida pensóse también en construir un canal desde el Oder al Dunzig, que hasta 1881 no construyeron las compañías ferroviarias y que fué agregado al territorio del puerto de la ciudad. Este canal nuevo tenía una anchura de 41 metros en la superficie y 25 en la solera y una profundidad de cinco metros que poco á poco se aumentó hasta 5'7. Las obligaciones contraídas por las citadas compañías pasaron al fisco ferroviario, en 1880 las de la compañía Berlín-Stettin y en 1886 las de la Breslau-Schweidnitz-Friburgo, después que el Estado se

hubo hecho cargo de ellas. El tráfico cada vez mayor en las obras en el Dunzig realizadas, puso muy pronto de manifiesto la necesidad de ampliar considerablemente las del puerto de Stettin. La construcción del canal del emperador Guillermo, la creación de puertos francos en Copenhague y Hamburgo y la apertura del territorio franco de Brema llevaron al ánimo de todos el convencimiento de que la ampliación de las instalaciones del Dunzig significaba muy poca cosa y que, por el contrario, era preciso proceder al ensanche del puerto desde puntos de vista más trascendentales; y sobre todo construir un puerto franco.

En 1894 las autoridades municipales de Stettin acordaron proceder á una regularización importante del puerto conforme á un proyecto trazado en 1892. Según éste debía trazarse un nuevo canal entre los dos brazos del Oder, volver á su antiguo estado de profundidad y de anchura del paso navegable en el puerto, en cuanto estas modificaciones fueran exigidas por la regulación del cauce Stettin-Swinemünde que había de realizar el Estado. Para las obras de ampliación proyectadas en el puerto aduanero las autoridades municipales aprontaron 10 millones de marcos, agregando en 1897 á esta suma otra de 2.562.500. Después que la provincia de Pomerania se obligó á dar 400.000 marcos y el comercio de Stettin se comprometió á una garantía de intereses de 233.000 marcos que debían sacarse de los derechos de navegación, la dieta prusiana votó 6.200.000 para atender á los gastos de regulación del cauce navegable. Inmediatamente se procedió á ensanchar la solera del canal del Oder hasta 86 metros y la del puerto hasta 150. Todos estos trabajos quedarán terminados en 1901.

El territorio franco de Stettin tiene una superficie total de 61 hectáreas de tierra firme y de 22'37 de agua. La concha y el antepuerto tienen 15'13 hectáreas: la anchura del puerto es de cien metros y su profundidad, en la marea media, de siete metros. La concha está rodeada de muelles y para formarla se elevó el suelo. Se construirá otra de modo que una vez terminada ésta habrá en el puerto sitio para contener 60 buques de mediano porte. Los edificios que en el puerto se construyeron hubieron de cimentarse sobre un pilotaje muy ingenioso y su construcción fué sumamente

Krause, quien al ser nombrado para aquel cargo en la capital del imperio, en 1.º de julio de 1897, encomendó la continuación de los trabajos á su colaborador Bendhun, quien tuvo á su lado durante los trabajos á Grosse, arquitecto municipal de Stettin.

Las obras del puerto franco han durado en total cuatro años y medio.

El mismo día en que se inauguró el puerto se inauguró también la fuente monumental que reproduce el primero de los grabados de esta página. Cuando hace algunos años la administración de los fondos destinados en Prusia al fomento de las bellas artes señaló la cantidad de 75.000 marcos para cumplir aquel fin en Pomerania, el ayuntamiento de Stettin convocó un concurso para la construcción de una fuente monumental, habiendo obtenido en él el primer premio el profesor Luis Manzel. En esa fuente vemos á una matrona, símbolo de la ciudad señora del mar, de pie sobre la cubierta de un buque, llevando sobre su hombro izquierdo una vela y apoyando su mano derecha sobre un áncora; á sus pies, sentado en la proa del buque, una figura de Mercurio, vigorosamente modelada, representa el Comercio. Otra figura de hombre, de la cual en el grabado sólo se ve la cabeza, está apoyada en una roca, situada á la izquierda del barco, en ademán de empujar la nave. Las olas del mar están simbolizadas por dos sirenas.

Luis Manzel, el autor de esta fuente, nació en Anklam en 1838 y entre sus obras más notables hasta ahora ejecutadas merecen citarse la estatua del emperador Enrique III, destinada al edificio del Reichstag, y el grupo colosal *La paz, protegida por el pueblo armado*, que próximamente se levantará en Quedlinburgo.

El proyecto de la fuente de Stettin fué premiado con la gran medalla de oro en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. — X.

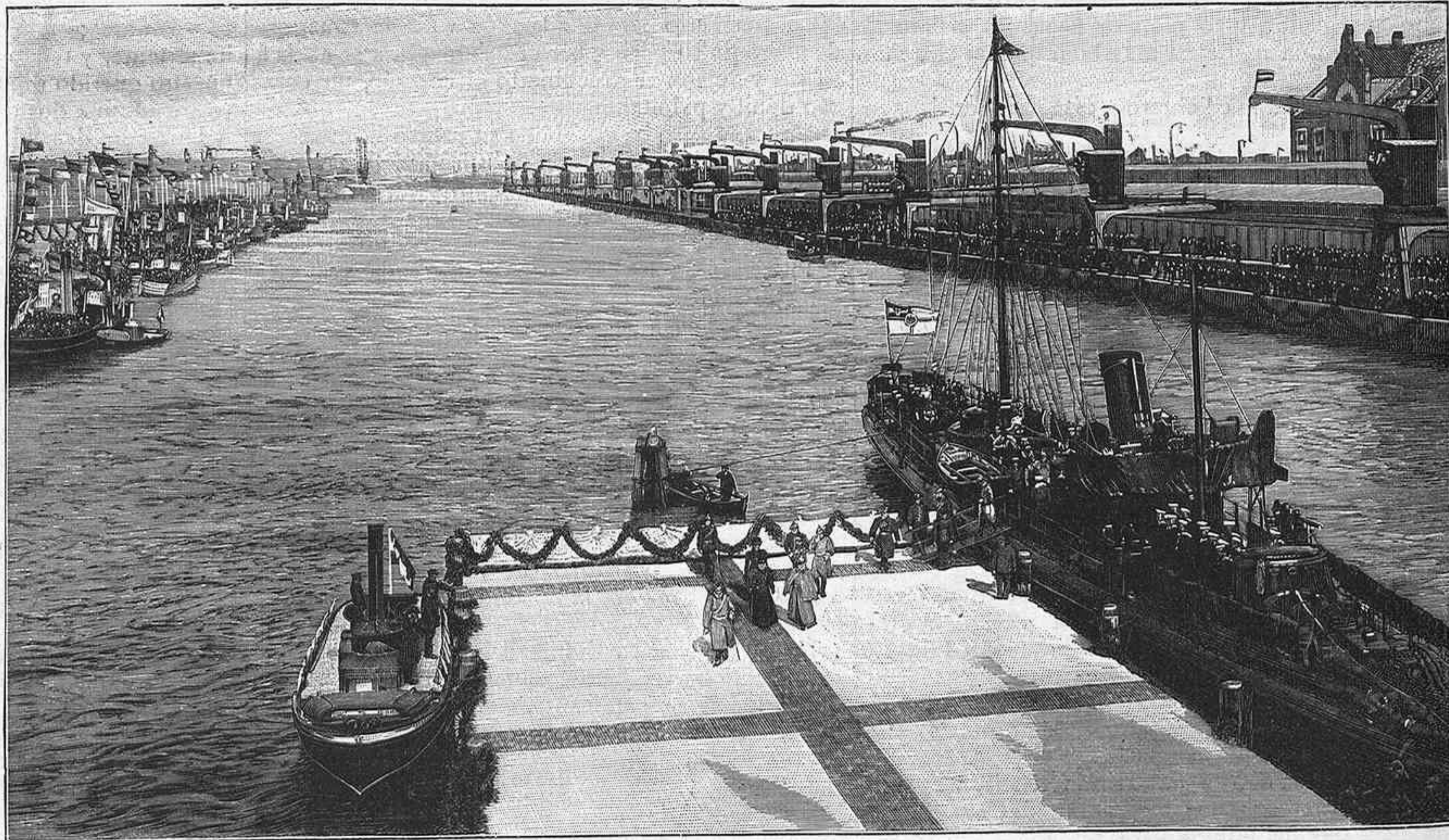
* * *

EL AZÚCAR EN LA ALIMENTACIÓN

DE LAS TROPAS

Durante las maniobras de otoño se han hecho en Alemania algunos experimentos acerca del valor del azúcar como alimento para las tropas.

Esta modificación en el régimen de individuos que han de consumir mucha fuerza muscular es, en



INAUGURACIÓN DEL PUERTO FRANCO DE STETTIN (ALEMANIA) RECIENTEMENTE CELEBRADA (copia de una fotografía de Matthaey)

difícil. El muelle tiene al lado del mar dos vías, una para el tráfico y otra para la carga, habiendo otras dos en la parte de tierra, además de una carretera.

Para el depósito de mercancías hay, además de los tinglados, ocho grandes almacenes cuya superficie total mide 29.120 metros cuadrados.

Un acuerdo tomado en 1896 por el Consejo federal autorizó la creación del territorio franco de Stettin, al cual se llega por ocho puertas y que está cerrado con tejidos de alambre y con rejas.

El padre espiritual, por decirlo así, de estas construcciones es el arquitecto municipal de Berlín,

principio, perfectamente lógica: el azúcar es un alimento muscular de primer orden; es, además, un excitante tan poderoso como el alcohol, sin los inconvenientes de éste, y proporciona á las combustiones musculares todo el carbono que necesitan. Suprime también, en alto grado, la sensación de fatiga, y este efecto es tan conocido entre los entrenadores ingleses, que éstos tienen la costumbre de hacer absorber gran cantidad de azúcar á sus alumnos algunos momentos antes de las grandes luchas, carreras á pie, regatas, etc.

Se ha observado, por otra parte, que las personas

que se dedican al régimen del agua son muy golosas, y esta sustitución del azúcar al alcohol responde, en suma, á una necesidad fisiológica.

En los experimentos del ejército alemán, á los soldados sometidos al régimen del azúcar se les daban diez terrones diarios: comparados con sus compañeros, estos individuos mostráronse notablemente vigorosos mientras duraron las maniobras y presentaron un aumento de peso excepcional.

Durante las marchas, un pedazo de azúcar calmaba el hambre y apagaba la sed, y, en suma, ningún medio pareció mejor que este para evitar las insolaciones.

El doctor Leitenstorfer, encargado de la dirección de estas pruebas, propone, en su consecuencia, la introducción del azúcar en la ración diaria del soldado, para mejorarla, y sobre todo que el azúcar forme parte integrante de los víveres de reserva para

aumentar el vigor de las tropas en todas las circunstancias en que hay que exigir de ellas un esfuerzo extraordinario.

Siendo esto así, bien valdría la pena de que en todos los ejércitos se sustituyesen por las distribuciones de azúcar las que hoy se hacen de vino malo ó de aguardiente dudoso en las ocasiones de gran fatiga sin provecho para el esfuerzo producido y con gran detrimento del estómago de los soldados. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894
DE LOS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARRIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
 El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empequecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Evíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Agua Léchelle
 HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espustos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ie}, Ncos, 102, R. Richelieu, Paris.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES Acreditad de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatosis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ie}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

EL OJEADOR,

GRUPO PLÁSTICO DE JOSÉ FUX

El autor de este grupo que tan hermoso efecto produce no es escultor: dedicado a la pintura, nunca había cultivado otro arte que éste hasta que se le ocurrió darse a conocer con el *El ojeador*, y a fe que este primer ensayo es digno de figurar al lado de muchas y muy celebradas composiciones escultóricas. El artista ha logrado imprimir en su obra gran vigor y movimiento dramáticos: los dos mastines han olfateado alguna presa y se aperciben a lanzarse sobre ella, y el ojeador, comprendiendo la intención de los perros, sujétalos con más fuerza para evitar que echen a correr antes de tiempo. Todo esto dicen las figuras que componen el grupo y que reúnen además la cualidad de estar perfectamente modeladas. *El ojeador* fué expuesto en Berlín y en Viena, mereciendo grandes elogios del público y de la crítica, y siendo adquirido por el archiduque Francisco Fernando, que lo hizo fundir en bronce.

Como pintor Fux ha conseguido grandes éxitos por sus retratos y sus cuadros de historia, de género y de paisaje.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

SENSUALISMO, por José L. Gomensoro. - Cuento interesante y muy bien escrito, debido a la pluma del distinguido escritor uruguayo Sr. Gomensoro, uno de los literatos que con mayor éxito cultivan en la América latina el género modernista. Ha sido impreso en Montevideo en la imprenta Dornaleche y Reyes.



EL OJEADOR, grupo plástico de José Fux

LA ESPAÑA EN LA EDAD MEDIA, por Abdón de Paz. - Dado el renombre tan justamente conquistado por el distinguido publicista D. Abdón de Paz y dada la importancia del tema desarrollado en el libro que nos ocupa, nos parece ocioso encomiar las excelencias de esta obra: diremos únicamente que es un estudio profundo, minucioso é imparcial de nuestra Edad media en todas sus manifestaciones, analizándola desde sus antecedentes históricos hasta las consecuencias lógicas de los sucesos durante la misma acaecidos. El libro, ilustrado con interesantes dibujos de Picolo, ha sido editado en Madrid por D. Fernando Fe y se vende á cinco pesetas.

EL JUICIO FINAL, por Francisco Antich é Izaguirre. - El fecundo poeta Sr. Antich é Izaguirre ha aumentado el ya largo catálogo de sus obras con este poema, que él titula anacrónico, y que es una composición inspiradísima y escrita con la facilidad que caracteriza á su autor. Impreso en Palma, en la imprenta de las hijas de Colomer, *El juicio final* se vende á 50 céntimos.

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE SAN SEBASTIÁN. - MEMORIA LEÍDA EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1898 Á 1899 por D. José de la Peña. - En esta memoria, muy bien escrita, se consignán datos muy interesantes acerca de esta importantísima

institución, que demuestran el grado de adelantamiento que ha alcanzado y los resultados por todo extremo notables que en ella se han obtenido. Es un trabajo que honra al profesor y secretario de la Escuela Sr. Peña.

LA EXPRESIÓN, por J. Xauradó. - Digno compañero de los precedentes es el último de los álbums publicados por el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso: el reputado dibujante Sr. Xauradó ha deramado en las 24 páginas de que aquél consta la gracia á manos llenas; cada una de las historietas es un modelo en su género, y lo chispeante del dibujo se completa con la intención del texto que lo acompaña, justificando la fama de que goza su autor como caricaturista.

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXÁMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DE L. DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.


 MEDALLA DIPLOMA
 DE FABRICA
HARINA LACTEADA H.NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO
 PARA NIÑOS
 Y PERSONAS DEBILITADAS

GARGANTA
 VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Elegir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
 En las principales Farmacias
 del D. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, por virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.